

SUMARIO

CENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD
LITERATURA Y UNIVERSIDAD

Arturo Ardao
LA UNIVERSIDAD Y LA CULTURA NACIONAL
CALENDARIO DE LA UNIVERSIDAD

Juan Carlos Onetti
EL SEÑOR ALBANO

Idea Vilariño
POEMAS

Manuel Arturo Claps
NICOLAI HARTMANN
Y LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

T. S. Eliot
CRIMEN EN LA CATEDRAL
(Intermedio y 2ª parte)

NOTAS. Surrealismo y Locura por I. V.
P. H. Ureña y la Cultura Hispanoamericana
por E. R. M.

RESEÑAS. M. A. C. y S. C.

número

AÑO 1 Nº 2
MONTEVIDEO
MAYO - JUNIO - 1949

\$ 1.—
mon. urug.

TEATRO DEL PUEBLO

bajo la dirección de

M. DOMINGUEZ SANTAMARIA

presentará

Crimen en la Catedral

de T. S. ELIOT

DECORADOS Y VESTUARIOS DE OLIMPIA TORRES

EN LA ÚLTIMA SEMANA DE JULIO

ESTUDIO AUDITORIO DEL SODRE

número

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Sr. Administrador:

*Ruego me suscriba a la revista
NÚMERO, por el término de un año, a cuyo efecto
incluyo el importe de \$ 5,00 (cinco pesos).*

Nombre

Dirección

(Llénese con letra de imprenta)

L'EPÉE ROUGE - Libros

FRANCISCO A. FORTEZA

Acevedo Díaz, 1513

Teléfono: 4 94 70

FILOSOFÍA

ABELARD.—Oeuvres choisies	\$ 2,50
BLONDEL.—Pages religieuses	" 2,10
DILTHEY.—Le monde de l'esprit. 2 vol.	" 13,50
HEGEL.—Esthétique. 4 vol.	" 20,00
DUFRENNE-RICOEUR.—Jaspers et la philosophie de l'existence	" 7,00
LAVELLE.—De l'être	" 4,50
LALANDE.—Vocabulaire technique et critique de la philosophie	" 22,00
MARCEL.—La métaphysique de Royce	" 2,00
NEDONCELLE.—Vers une philosophie de l'amour	" 1,90
PAULHAM.—Analyses et esprits syntétiques	" 1,00
WAHL.—Études kierkegaardians	" 15,00

LITERATURA

Colección "Bilingüe":

BLAKE.—Poèmes choisis	\$ 2,85
COLERIDGE.—Vingt-cinq poèmes	" 2,60
DRYDEN.—Poèmes choisis	" 6,00
GOETHE et SCHILLER.—Ballades	" 4,00
LESSING.—L'éducation du genre humain	" 1,50
NOVALIS.—Henri d'Offertdingen	" 5,00
PRE-ROMANTIQUES ANGLAIS, LES.—	" 4,00
SCHILLER.—Poèmes philosophiques	" 3,80
SIDNEY.—Astrophel et Stella	" 3,40
STERNE.—Voyage sentimental	" 4,00

D O N A C I O N

C. U. D. E. S. A.

La Bolsa de los Libros

CLAUDIO GARCIA & Cía.

SARANDÍ, 366

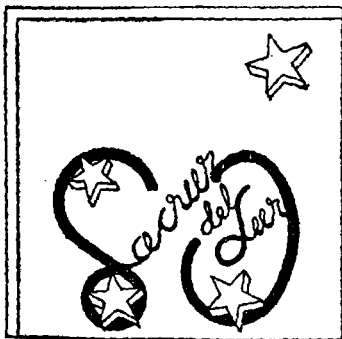
Tel. 8 23 47

(En breve nos trasladamos a nuestra clásica esquina,
SARANDI, 443, casi Misiones)

ALGUNOS TITULOS DE INTERES:

BERGSON.—Las dos fuentes de la moral y de la religión	\$ 3,00
Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia	" 2,50
La energía espiritual	" 2,00
Introducción a la metafísica	" 0,50
CUVILLIER.—Las Corrientes Irracionalistas en la Filosofía Contem- poránea	" 0,50
HARTMANN.—El pensamiento filosófico y su historia	" 2,00
LANGEVIN.—La física moderna y el determinismo	" 0,60
RAVAISSON.—Del hábito	" 1,20

Enviamos contra reembolso



LIBRERIA
18 DE JULIO, 1328
Teléfono: 8 00 80
Montevideo

SUR

Dirigida por
VICTORIA OCAMPO

REVISTA
LITERARIA
MENSUAL

SAN MARTÍN, 689
BUENOS AIRES

EN VENTA EN LAS
BUENAS LIBRERIAS

Arte Bella

CUAREIM, 1359 esq. 18 DE JULIO

TEL.: 9 30 61

REPRODUCCIONES DE CUADROS FAMOSOS.
GRABADOS. LIBROS INGLESES Y FRANCESES.

ALBERTO MANGINO

DESPACHANTE DE ADUANA

NAVEGACIÓN

Sarandí 333

Tel.: 8 59 59

EL LIBRERO DE LA FERIA — M. LAMAS

COMPRA. VENTA. CANJE. E. ACEVEDO, 1490. Tel. 4 45 49

REMATE SOLÍS

MARTILLERO
JUAN MARQUEZ

REMATES DE:

MOBILIARIOS
AUTOMOVILES
MERCADERIAS
CASAS
TERRENOS, etc.

Solís, 1463-67, casi 25 DE MAYO — Tel. 8 82 27 - 9 06 00

REMATES TODOS LOS JUEVES



feria del libro

Todos los libros y más baratos

ULTIMAS NOVEDADES

PAUL CEZANNE.— Correspondencia.

COROT.— Narrado por él y sus amigos.

CHAIM WEIZMANN (1er. presidente del estado de Israel). A la verdad por el Error, Palestina.

ANGEL CARCANO.— Victoria sin alas (París, Burdeos, Vichy).

LEWIS HANKE.— Lucha por la justicia en la conquista de América.

NICOLAS REPETTO.— Labor en el exilio (13 meses en Montevideo).

MONTIEL BALLESTEROS.— Gaucho Tierra.

D. ANTKOLETZ.— Tratado teórico y práctico de derecho diplomático y consular.

BALDASSARRE.— Los derechos del habitante (Ante una doctrina económica política social universal).

AV. 18 DE JULIO, 1308

TEL.: 8 20 70

número

SUMARIO DEL NÚMERO I

PRÓLOGO

PRESENTACIÓN DE GRECIA

Alfonso Reyes.

PARA LA HISTORIA DE LA
FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA:
LA FILOSOFÍA DE LACHELIER
Y EL NUEVO ESPIRITUALISMO

José Ferrater Mora.

TRES POEMAS

Sarandy Cabrera.

LA CRÍTICA LITERARIA EN EL
SIGLO XX: EL EJEMPLO DE
PEDRO SALINAS

Emir Rodríguez Monegal.

CRIMEN EN LA CATEDRAL
(1ª parte)

T. S. Eliot.

LIBRERÍA INTERNACIONAL

SRL

URUGUAY, 1331 • TEL. 9 27 62 • MONTEVIDEO

Letras. Filosofía. Historia. Geografía. Sociología.
Ciencias políticas. Economía. Ciencia y Técnica.
Antropología. Arte y Música.
Libros infantiles. Textos.

Representación y distribución:

Fondo de Cultura Económica. Atlántida. Sud-
americana. Argos. Viau-Bell. Naciones Unidas.
Unesco.

Revistas:

Cuadernos Americanos. Sur. Ciencia e Inves-
tigación. Anales del Ateneo. Boletín de las
Naciones Unidas. Número.

EN PROXIMOS NUMEROS
PUBLICAREMOS COLABORACIONES DE:

ENRIQUE ANDERSON IMBERT.	RAIMUNDO LIDA.
MARIO ARREGUI.	EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA.
LAURO AYESTARÁN.	FRANCISCO ROMERO.
ARTURO BAREA.	PEDRO SALINAS.
JORGE LUIS BORGES.	GUILLERMO DE TORRE.
JORGE BRUTON.	DEREK TRAVERSI.
JUAN CUNHA.	

y ORFEO de DENIS MOLINA

NUMERO

MONTEVIDEO, MAYO-JUNIO 1949

Año 1. Nº 2

SUMARIO

	PÁG.
CENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD. LITERATURA Y UNIVERSIDAD	79
LA UNIVERSIDAD Y LA CULTURA NACIONAL	<i>Arturo Ardao.</i> 81
CALENDARIO DE LA UNIVERSIDAD	88
EL SEÑOR ALBANO	<i>Juan Carlos Onetti.</i> 91
POEMAS	<i>Idea Vilariño.</i> 110
NICOLAI HARTMANN Y LA HIS- TORIA DE LA FILOSOFÍA	<i>Manuel Arturo Claps.</i> 113
CRIMEN EN LA CATEDRAL (intermedio y 2ª parte)	<i>T. S. Eliot.</i> 123
NOTAS:	
SURREALISMO Y LOCURA. <i>A. Ar- taud, las "Lettres de Rodez".</i>	(I. V.) 140
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA Y LA CULTURA HISPANO-AMERICANA.	(E. R. M.) 145
RESEÑAS:	
ARMANDO CUVILLIER. LAS CO- RRIENTES IRRACIONALISTAS DE LA FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA.	(M. A. C.) 152
EDUARDO LOZANO. ARGUMENTO DEL HOMBRE.	(S. C.) 153

MATERIALES ESCRITOS O TRADUCIDOS ESPECIALMENTE PARA NÚMERO

Publicación bimestral. Directores: MANUEL A. CLAPS, EMIR RODRIGUEZ MONEGAL, IDEA VILARIÑO. Administrador: HECTOR D'ELIA. Calle Uruguay, 1331. Tel. 92762. Montevideo, Uruguay. Redactor responsable: EMIR RODRIGUEZ MONEGAL, calle José L. Osorio, 1179, Ap. 1. Montevideo. Se imprime en la Imp. ROSGAL, calle Ejido, 1624, Montevideo, bajo la dirección gráfica de SARANDY CABRERA. Suscripción anual, \$ 5,— m/urug. Ejemplar suelto, \$ 1,— m/urug.

CENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD

LITERATURA Y UNIVERSIDAD

SI SE PIENSA en las relaciones que mantuvo la gran generación literaria del Novecientos con la Universidad, de inmediato parece evidente que sus vinculaciones fueron tenues y azarosas. En efecto, ni José Enrique Rodó, ni Julio Herrera y Reissig, ni Florencio Sánchez, ni María Eugenia Vaz Ferreira, ni Horacio Quiroga, ni Delmira Agustini, lograron títulos universitarios. (Algunos no aspiraron a ellos; otros los menospreciaron.) Es cierto que sus nombres pueden resultar lateralmente vinculados a la Universidad. (Rodó fué algunos años catedrático de Literatura.) Pero esos enlaces casuales parecen acentuar más la falta de un vínculo directo, central.

¿Qué conclusión sacar? La más fácil, la más frecuentada, señalaría un divorcio entre las dos formas —la creadora, la trasmisora— de la cultura nacional. (Los defensores de este enfoque han llegado a hablar de antagonismo consciente y han señalado el hecho, en sí correcto; de que muchos creadores creyeron sinceramente atacar a la Universidad.) Pero un examen más atento desmiente tal apreciación; denuncia su superficialidad. Porque en un mundo cultural tan pequeño como el nuestro la misión rectora de la Universidad no se ejerce únicamente sobre aquellos que asistieron regularmente a sus aulas, y se hace palpable hasta en los círculos aparentemente más alejados. Y, en este sentido, no parece exagerado afirmar que la formación intelectual de los grandes creadores del Novecientos está contaminada por el aporte universitario, que unos (como Julio Herrera y Reissig) recibieron desde las primeras aulas, mientras que otros (como Florencio Sánchez) asimilaron desde la redacción de la hoja periodística. Y tampoco parece exagerado afirmar que sus mismas creaciones —“Los arrecifes de coral”, o “M'hijo el doctor”, o “Motivos de Proteo”, o “Los éxtasis de la montaña”— presuponen una cultura universitaria, ya que no en el autor, en el ambiente; se apoyan inequívoca-

mente en ella. Lo que no significa afirmar que de ella extraen todo su sabor.

Por otra parte, en nuestro país el universitario no ha sido exclusivamente hombre de gabinete o estudio, aunque lo haya sido también a veces. El universitario militó en todas las esferas y alcanzó todos los ambientes. Y es, en definitiva, a esa ubicuidad o permeabilidad de la cultura universitaria a lo que hay que apuntar cuando se trata (como en este caso) de señalar el verdadero alcance de su influencia.

Es claro que si en vez de reflexionar sobre el pasado inmediato, se piensa en el futuro más cercano surge como necesidad —quizá impostergable— una fusión de las dos formas de cultura. Ahora no basta que el creador se apoye (aun inconscientemente o a pesar suyo) en una cultura universitaria; ni basta tampoco que el universitario habite todas las esferas. Ahora parece imprescindible que un esfuerzo consciente centralice e integre ambos tipos de cultura. A la Universidad, principalmente desde la Facultad de Humanidades, le corresponde realizar esta alta labor. De ella surgirá sin duda una cultura nacional auténtica.

ARTURO ARDAO

LA UNIVERSIDAD Y LA CULTURA NACIONAL

TOMADO el término cultura en su alcance menos limitado y más objetivo, cabe distinguir convencionalmente en la cultura nacional dos grandes sectores: uno, constituido de modo espontáneo a partir de las fuentes extraintelectuales radicadas en las entrañas del pueblo; otro, constituido por un reflexivo empeño dirigente de creación o trasmisión, bajo el rectorado de la inteligencia.

El primero se alimenta de la vida emocional colectiva que genera el folklore y lo desborda: sobre el desvanecido fondo indígena, las tradiciones hispanas y lusitanas del coloniaje y los muy variados aflujos anímicos de la inmigración, sometidos, aquéllas y éstos, a la acción reductora del territorio; por vía de ejemplo, los usos y costumbres de nuestra sociedad campesina de raíz gaucha, el candombe negro de ancestro africano, la estructural dicotomía de blancos y colorados de nuestra sociedad política, el proceso de sustantivación popular del deporte de procedencia sajona. El segundo se alimenta de las categorías intelectuales que han dado contenido y orientación, en sus diversos planos, al pensamiento uruguayo: en la base, la teoría político-constitucional que inspiró la instauración y desarrollo de la organización de la nacionalidad, y sobre ella, las distintas ideas y doctrinas filosóficas, religiosas, literarias, artísticas, educacionales, jurídicas, políticas, sociales, con que se nos ha modelado desde los centros de la cultura occidental; en este orden los tres grandes puntos de apoyo de esa intelectual determinación foránea de nuestra cultura, han sido, la Iglesia como institución, el Estado en su triple actividad administrativa, jurisprudencial y legislativa, y la Universidad como órgano superior de la enseñanza pública, sólo formalmente

sujeta a un condicionamiento étático. Obrando uno de abajo a arriba, y otro de arriba a abajo, ambos sectores se encuentran y conjugan constantemente, en zonas cuya mejor expresión la constituyen determinadas creaciones artísticas y literarias.

Esa distinción, en cierto modo obvia, parece necesaria a los efectos de situar un tema como el de las relaciones de la Universidad con la cultura nacional. Varias proposiciones iniciales se desprenden inmediatamente de ella. Resulta en primer lugar que el complejo sector espontáneo o popular de dicha cultura, se organiza y desenvuelve al margen de la Universidad, siendo en el sector intelectual o directivo que se ha ejercido y se ejerce la acción de ésta; ha debido ser así en particular en un país como el nuestro, donde lejos estuvo la institución universitaria de brotar del medio como una planta natural. En segundo lugar, surge sin dificultad que dentro de su sector es la Universidad el más activo e incondicionado órgano de creación y trasmisión de bienes culturales; mientras la Iglesia y el Estado determinan cultura —religiosa, moral, jurídica— dictando o aplicando dogmas, principios, reglas, normas, la Universidad hace de la cultura misma, como tal, su objeto expreso, especulando críticamente sobre ella a través de la función educacional. En tercer lugar, resulta del mismo modo claro que la Universidad es el más sensible órgano de recepción y más efectivo de integración y adaptación, de las categorías intelectuales ultramarinas que han ido configurando nuestra propia personalidad cultural; como es el caso común de las Universidades americanas, no ha sido sino por la cultura extranjera que ella ha estructurado intelectualmente la cultura nacional. En las vicisitudes de su existencia secular se esclarece la naturaleza o el sentido de ésa su misión histórica en el país.

La definitiva instalación de la Universidad hace un siglo, estuvo precedida de un azaroso proceso de gestación, extendido desde las actividades educacionales de la orden franciscana, en la época colonial, hasta la Casa de Estudios Generales que funcionó después de 1833. El rectorado de la cultura,

tomado a su cargo por la Universidad, orgánicamente, en 1849, fué hasta entonces cumplido en forma inorgánica por aquellos distintos esfuerzos, que de algún modo, antes y después de la Revolución, representaron para nosotros la docencia pública superior.

De nuestra cultura intelectual durante todo ese desarticulado período preuniversitario, puede decirse que ostentó dos fundamentales caracteres sociológicos: la inmediata fuente argentina de sus contenidos concretos y la dependencia respecto a la Iglesia de sus formas externas. Lo primero derivó de nuestra condición de ex provincia del antiguo Virreinato del Río de la Plata, tributaria de centros de cultura que estaban fuera de ella; en la preparación de sus clases ilustradas como en el reclutamiento de sus precarios primeros elencos profesoriales, el Uruguay debió contar entonces con el material intelectual y el elemento humano que proporcionaba la Argentina, de cuño a su vez hispano bajo la Colonia y francés desde la Revolución. Lo segundo derivó de la condición escolástica de la cultura hispana colonial, prolongada más allá de la Independencia; aunque el teologismo escolástico claudicara a menudo en el espíritu de la enseñanza frente al racionalismo moderno, seguía informando su exterioridad, en una sobreen-tendida concepción del claustro académico como resorte de la organización eclesiástica. Ambos caracteres se hacen sentir aún en la iniciación misma de la Universidad del 49: por una parte, el concurso argentino fué decisivo para su establecimiento, y por otra, junto a circunstancias de sentido análogo, el propio jefe de la Iglesia fué su primer rector.

Desde sus primeros pasos, sin embargo, la institución sacudió uno y otro carácter. En 1852 Caseros retrajo a su cauce las dispersas energías intelectuales argentinas, y nuestra Universidad, de una vez por todas, debió llenar con elementos nativos su misión, en un enfrentamiento al fin directo a las influencias culturales europeas. Al cabo de dos décadas singularmente difíciles, entraban con regularidad a la escena histórica bien definidas promociones ilustradas que sólo a ella

debían su formación. Esas promociones, iniciales protagonistas de la autonomía cultural del país, insurgían al mismo tiempo con un espíritu racionalista de aguda reacción contra el decadente teologismo fundacional. Por su intermedio, Universidad e Iglesia, orgánicamente solidarizadas en el origen, vinieron a oponerse en poco tiempo como dos instituciones adversarias y beligerantes. Fué ésa la acción de la filosofía espiritualista ecléctica que inspiró desde el primer momento a la Universidad, bajo el modelo orleanista francés, creando el ambiente crítico en que se desarrolló el vigoroso movimiento racionalista anticlerical, cuya Profesión de Fe de 1872 debe considerarse la primera gran ruptura colectiva del pensamiento universitario uruguayo con la Iglesia Católica. Por el órgano de la Universidad, reducida entonces en la enseñanza superior a los estudios de jurisprudencia, quedaba intelectualmente fundada la cultura nacional como entidad histórica diferenciada, al mismo tiempo que racionalmente emancipada la inteligencia nacional de su originario condicionamiento teológico. Tal la obra y el legado de las primeras generaciones universitarias.

En esas condiciones ingresó el Uruguay al último cuarto del siglo, abriéndose súbitamente un período de polémica revisión del espíritu primero desarrollado por la Universidad. Empezó el país después del 75 a organizar su cultura científica, en medio de la irrupción apasionada del positivismo filosófico. Debíó entonces superarse por la casa de estudios, en agudas tensiones, la escueta estructura académico legista de la iniciación, así como el racionalismo metafísico, maestro de librepensamiento en lo religioso y en lo político, pero sin sitio para el saber positivo de la naturaleza y carente de la visión sociológica de la realidad histórica.

Se metamorfosea la Facultad de Derecho y surgen las de Medicina y Matemáticas. La ciencia como contenido y el positivismo como doctrina, reformaron sustancialmente a nuestra inteligencia por intermedio de una reforma de fondo de la Universidad que tuvo su momento crítico en 1885 y se desplegó

hasta el tránsito de las centurias. Sobre la ley comtiana de los tres estados —que despojada de sus pretensiones de absolutismo histórico registra en lo esencial la trayectoria del espíritu desde la Edad Media al siglo XIX, desde la escolástica al positivismo, los dos sillares del arco de Occidente— se calcó abreviadamente nuestro desarrollo intelectual hasta entonces. Con el convencionalismo debido, y dicho aquí en términos de forzada síntesis, también nosotros evolucionamos desde un estado teológico hasta un estado positivo, pasando por el intermediario metafísico. La Universidad —junto con las asociaciones que con elementos suyos se desenvuelven lateralmente desde el 68: Club Universitario, Sociedad Universitaria, Ateneo— se constituyó en el órgano de esa transformación que lo fué en definitiva de la conciencia religiosa y filosófica del país. Ella misma se inicia teológica, se continúa metafísica y acaba positiva. En sendos rectores pueden personificarse esas tres instancias: el Vicario Apostólico Lorenzo Fernández, primer rector de 1849 a 1850, el maestro de filosofía espiritualista e inspirador del racionalismo, Plácido Ellauri, rector entre 1871 y 1877, y el jefe del positivismo universitario, Alfredo Vásquez Acevedo, rector entre 1880 y 1899.

En decadencia el positivismo desde principios de este siglo, la Universidad renovó sus categorías filosóficas en el magisterio representativo de Vaz Ferreira, pero integrando al mismo tiempo su corpus —bajo el signo de la descentralización estatutaria de 1908— con un conjunto de nuevas Facultades que ensancharon su registro y enriquecieron su asimilación de las ciencias de la naturaleza. La totalidad del área de éstas quedó cubierta en la diversificación científico profesional de la institución, dentro de un plan que traducía, con un marcado acento naturalista, lo que el positivismo llamó intencionalmente el sistema de las ciencias. El mundo inorgánico, con su triple determinación matemático-físico-química, ha tenido su parte en las Facultades de Ingeniería y de Química; el mundo orgánico de la vida, con su también triple determinación de planta-animal-hombre, ha tenido la suya en las

Facultades de Agronomía, Veterinaria, Medicina y Odontología. Quedó para un sector de las ciencias de la cultura la clásica Facultad de Derecho, reforzada últimamente para otro sector de las mismas con la de Ciencias Económicas; y como caso único de Facultad profesionalista en cuyo plan determinadas ciencias de la naturaleza y determinadas ciencias de la cultura se equilibraron, fué organizada la de Arquitectura al dividirse en ella y la de Ingeniería la vieja Facultad de Matemáticas.

Es claro, ante todo, que esta caracterización alude al repertorio científico que forma la trama esencial y condiciona el espíritu de cada Facultad, sin desconocer lo que entre ellas haya de interferencia o en cada una de excepción. Es también claro que tal distribución de la materia científica en el cuerpo de la Universidad, ha escapado a un plan concebido en función de la ciencia misma, desde que ha obedecido primariamente a pragmáticas necesidades técnicas servidas por el profesionalismo universitario. Toda técnica, en cuanto tal, pertenece al dominio de la cultura; pero manipula habitualmente naturaleza, lo que explica el primado de las ciencias que a éstas se refieren, en una Universidad de sentido profesionalista, como es la nuestra y en general la moderna. En el mundo de la cultura son el derecho y la economía, por su condición estructural, los sectores clásicamente necesitados de manipulación técnica, por lo que se explica a la vez que sustenten, por su parte, sendas Facultades profesionales.

La cultura intelectual del país en esta primera mitad del siglo xx, completó, pues, por el órgano de la Universidad, la integración del saber científico naturalista de la época. En su contenido íntimo este saber ha podido ser, o es, entre nosotros, más o menos fragmentario o aún desprovisto de densidad; pero, del todo ausente hasta comienzos del último cuarto del siglo pasado, se halla ahora organizado en el conjunto de sus cuadros fundamentales, sustanciando en forma sistemática a la inteligencia nacional.

El cultivo del mismo modo sistemático de las ciencias de la cultura, en los grados superiores de la enseñanza, ha faltado,

sin embargo, hasta nuestros días en la Universidad, y por lo tanto en el país —por falta de inmediatos requerimientos profesionales como se ha visto— configurando ello algo más que una laguna en la organización plenaria del saber científico: se trata de una mengua que ha afectado, por el carácter rectoral del sector filosófico de dichas ciencias, a la coordinación y orientación del conjunto. A llenar ese vacío ha venido, puesta en funciones en 1946, la recientísima Facultad de Humanidades que por acierto es también de Ciencias. Su planteo responde, consciente o inconscientemente, a la idea de una conjunción de las ciencias de la cultura —en su denominación clásica de Humanidades— y de las ciencias de la naturaleza —en su denominación igualmente clásica de Ciencias— con desvinculación de toda inmediatez técnica. Elementos venidos de las distintas Facultades profesionales se encuentran en ella como en un centro común, no ya administrativo —como es el único que hasta ahora había mantenido la unidad institucional de la casa: el Consejo Universitario— sino científico en el sentido más cabal del término; centro, por lo mismo, llamado a ser coordinador y a la vez motor de la actividad auténticamente universitaria.

A cien años de su “inauguración e instalación solemne”, la Universidad se coloca así en condiciones de coronar su misión histórica de integradora de la cultura nacional. Para que lo haga verdaderamente una cosa es necesaria: que sin renegar de sus fuentes maternas persiga la autenticidad por las vías que conducen —siendo acaso sólo una— a su propio mundo histórico cultural y a la comunidad cultural americana.

CALENDARIO DE LA UNIVERSIDAD

1833 (11 DE JUNIO).— Ley Larrañaga, planteando la Universidad. Creaba nueve cátedras, disponiendo el Art. 13: “La Universidad será erigida por el Presidente de la República luego que el mayor número de las cátedras referidas se hallen en ejercicio, debiendo dar cuenta a la Asamblea General con un proyecto relativo a su arreglo.”

La ley había sido promovida el año anterior, en el Senado, por Dámaso Antonio Larrañaga, de dónde su nombre. Sobre su base se organizaron algunas cátedras que llegaron en 1836 al número de cinco, siendo ajustadas al Reglamento de Estudios de 22 de febrero del mismo año. Recibieron por tradición el nombre de Casa de Estudios Generales, o simplemente Casa de Estudios.

1838 (27 DE MAYO).— Decreto del Presidente Oribe, refrendado por el ministro Juan Benito Blanco, en el que se establecía: “Y en cumplimiento de lo dispuesto en el artículo 13 de la citada ley, ha venido en acordar y decretar del modo más solemne: Artículo 1º— Queda instituída y erigida la Casa de Estudios Generales establecida en esta Capital, con el carácter de Universidad Mayor de la República y con el goce del fuero y jurisdicción académica, que por este título le compete.”

Al día siguiente el Poder Ejecutivo envió a las Cámaras un proyecto de ley orgánica de la Universidad. La guerra civil impidió considerarlo, desapareciendo aún de hecho, en vísperas del Sitio, las cátedras de la Casa de Estudios.

1849 (14 DE JULIO).— Decreto del Presidente Suárez, refrendado por el ministro Manuel Herrera y Obes, estableciendo: “En virtud de lo dispuesto en la ley de 11 de junio de 1833 y decreto de 27 de mayo de 1838, el Poder Ejecutivo acuerda y decreta: Artículo 1º— La Universidad de la República se inaugurará e instalará solemnemente el día 18 del corriente.”

El 1º de julio de 1847 el emigrado argentino Luis José de la Peña había abierto el Gimnasio, centro privado de enseñanza primaria y media. El Gobierno lo prohijó casi en seguida denominándolo Nacional, al mismo tiempo que creaba el Instituto de Instrucción Pública, el 13 de setiembre del mismo año, con el cometido de “promover, difundir, uniformar, sistematizar y metodizar la instrucción pública”. El Gimnasio Nacional, oficializado el 28 de junio de 1849 con el nombre de Colegio Nacional, sirvió de plantel docente a la Universidad; el Instituto le sirvió a su vez de plantel directivo, organizándose sobre él el Consejo Universitario.

1849 (18 DE JULIO).— Ceremonia de inauguración solemne de la Universidad en la Iglesia de San Ignacio, por el Presidente Suárez, tomando posesión del cargo de Rector, para el que había sido designado por el decreto del día 14, el Sacerdote Lorenzo Fernández, jefe entonces de la Iglesia nacional.

1849 (2 DE OCTUBRE).— Decreto de aprobación del primer Reglamento orgánico de la Universidad, proyectado por el también primer Consejo Universitario, que integraron con el nombrado Rector, Fermín Ferreira, Florentino Castellanos, Luis José de la Peña, Esteban Echeverría y Alejo Villegas, argentinos estos tres últimos; secretario fué José Gabriel Palomeque.

El reglamento abarcaba la totalidad de la instrucción pública: primaria, secundaria y superior. Esta última, llamada científica y profesional, era distribuída en cuatro Facultades: de Ciencias Naturales, Medicina, Jurisprudencia y Teología. Inicialmente funcionó sólo la de Jurisprudencia, agregándosele la de Medicina recién en 1876; las otras dos no cristalizaron. El gobierno de la Casa lo constituían el Rector, el Vice Rector, el Consejo Universitario y la Sala de Doctores.

1885 (14 DE JULIO).— Ley orgánica de la Universidad, proyectada por el Rector Alfredo Vásquez Acevedo; fué el aspecto legal de una reforma de fondo de la Universidad llevada a cabo por éste.

Abarcaba las enseñanzas secundaria y superior, segregada la primaria de la Universidad por la ley vareliana de educación común de agosto de 1877. La superior comprendía tres Facultades: de Derecho y Ciencias Sociales (la vieja Facultad de Jurisprudencia que había adoptado este nuevo nombre en su reglamento de estudios de 1878); de Medicina y ramas anexas; de Matemáticas y ramas anexas (puesta en funciones en 1888). El gobierno de la Casa era complementado legalmente con la institución de los Decanos, que ya tenía existencia reglamentaria.

1908 (31 DE DICIEMBRE).— Nueva ley orgánica de la Universidad, que da a ésta su estructura jurídica actual. Descentraliza la institución organizando por debajo del Consejo Universitario los Consejos Directivos de Facultades, elegidos por profesores, profesionales y estudiantes.

Dentro de este régimen la Facultad de Matemáticas fué dividida en las de Ingeniería y Arquitectura por ley de 27 de noviembre de 1915. Y se crean las siguientes nuevas Facultades: por ley de 22 de julio de 1925, la de Agronomía, que existía como Instituto fuera de la Universidad; por ley de 21 de enero de 1929, la de Química y Farmacia, que existía como sección de la de Medicina; por ley de 18 de junio de 1929, la de Odontología, que existía como Escuela después de haber sido una sección de la de Medicina; por ley de 13 de julio de 1932, la de Ciencias Económicas y de Administración, que existía como Escuela de Comercio; por ley de 5 de enero de 1933, la de Veterinaria, que existía como Escuela; por ley de 9 de octubre de 1945, la de Humanidades y Ciencias.

Una ley de 2 de marzo de 1934 complementó la orgánica de 1908; y otra de 11 de diciembre de 1935 segregó de la Universidad a la enseñanza secundaria.

JUAN CARLOS ONETTI

EL SEÑOR ALBANO

CUANDO me levanto para llamar por teléfono —una vez más Pepe contesta “el señor Albano no ha llegado todavía”— puedo estudiar el perfil del hombre que bebe junto al mostrador con el sombrero de paja echado hacia atrás. Quizá no haya reparado en mí durante toda la mañana, tal vez tampoco se interese por la mesa donde, entre el Inglés que bebe otra taza grande de café y Lagos que apoya la cara en una mano, usted se mira el dedo con que obliga a girar el cenicero sobre el mantel.

Vuelvo a mi mesa y enciendo un cigarrillo; sin moverse, torciendo apenas la vista, Lagos comprende que no tengo novedades. El Inglés dirige la cara hacia la puerta, desinteresado, sin prisa por acortar el tiempo que nos separa de la desgracia. Usted deja el cenicero y señala, sin convicción, hacia la mañana de marzo que empieza a extenderse en la ventana. Dejo mis monedas sobre la mesa y una última mirada para el hombre del panamá junto al mostrador; miro las 7 y 50 en el reloj sobre la caja registradora y salgo a la calle. Paseo bajo los árboles, de esquina a esquina, esperando que abran el negocio, mirándola a usted a través de la ventana del café, quieta y pensativa, como aplastada por el silencio, más pesado, de los dos hombres. Arriba, detrás de algún balcón abierto, preparan ya el último día de carnaval y la música de un piano baja intensa, se aleja con un murmullo acuoso, parece adivinar y seguir la dirección de mis pasos.

El negocio está ahora abierto y el sol ilumina las narices, los bigotes, las telas sedosas del escaparate. Los veo salir del café, usted en el medio, Lagos con el bastón en el brazo, el Inglés mordiendo la pipa y con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Buenos días —digo al hombrecito que me acerca una cara vieja y parpadeante—. Necesitamos trajes de disfraz. Algo muy especial, muy bueno.

—Para un baile — agrega el Inglés y ríe durante las tres palabras.

—Sí — dice con desánimo el hombre; de pronto descubre los dientes y se vuelve para mirarla a usted.

Usted está a mi lado y me sonrío; Lagos se coloca una peluca en el puño y alza el brazo hacia las sombras que aun quedan en el techo. Tristemente, el Inglés insiste:

—Trajes de disfraz.

—Sí —el hombre no se mueve—. ¿Para esta tarde?

—Para ahora — dice usted con rapidez.

—Tenemos necesidad de llevarlos ahora —explica Lagos; inclina el puño y se le ve desencanto en la cara cuando la peluca resbala y cae sobre el mostrador de vidrio—. Para devolverlos mañana; a primera hora, cumplida su misión de engaño sin malicia, los trajes estarán en su poder, serán devueltos a la naftalina.

—Tendrá que ser a primera hora —repite el dueño—. Y hay que dejar garantía. —Lagos hace una reverencia y muestra un puñado de billetes; el viejo alza los antebrazos, los codos—. No quería decir... Es la costumbre.

El Inglés, con la pipa entre los dientes, ríe burlándose, obliga a la cara del viejo a expresar el don maravilloso de comprenderlo todo. El dueño alza una cortina y nos deja pasar, uno a uno, tocándonos suavemente las espaldas, como si nos contara, hasta un corredor sombrío donde se enfrentan dos largos estantes cubiertos con cretonas que empieza a descorrer, que abandona para dar luz.

—Hombres y señoras — dice, moviendo las pequeñas manos hacia los estantes.

Miramos sin comprender hombros de colores, faldas, medias desinfladas, zapatos con hebillas, un espadín que nos atrae y nos reúne. Vamos descolgando perchas con trajes y las transportamos hasta el angosto patio próximo que alumbra un tragaluz. Usted examina los vestidos, los hace flotar, los devuelve al estante, descuelga otros, tan rápidamente que mis ojos confunden los colores. De pronto imagino que todo —la fuga, la salvación, el futuro que nos une y que sólo yo puedo re-

cordar— depende de que no nos equivoquemos al elegir el disfraz; miro atemorizado las ropas que el Inglés hace girar junto a las perchas, las que Lagos mueve apenas, empujándolas con el bastón. La oigo reír, veo su mano tocando la nuca de Lagos, escucho al viejo que trata de mezclarse en su alegría; pero no puedo interesarme porque estoy temblando ante el peligro de equivocarme; me acucillo como si así estuviera más cerca de la verdad.

—Los voy a esperar en el negocio. — Es su voz, sus pasos, su silencio.

El bastón de Lagos pasa encima de mi cabeza, toca un traje, salta hasta otro. Repentinamente, alargo el brazo y separo un disfraz. Lagos ha dejado caer la mano con el bastón y da un paso hacia atrás.

—Sáqueme ese — dice sin entusiasmo.

Usted está sola en el negocio y sonrío a la calle; busco, inútilmente, el traje que acaba de elegir; paso frente a usted, casi rozándola con mi disfraz, cegándola casi con el reflejo de las lentejuelas; pero no logro apartar sus ojos de lo que miran.

—Sí — comenta Lagos, llegando—. Todas las muchachas van a querer bailar conmigo. Es indudable; su frase ha sido feliz y profética.

El dueño ríe junto a la cortina de atrás del mostrador y bajo su brazo y su voz enronquecida el Inglés avanza encorvado y se nos acerca. Lagos deja caer su traje encima del mío.

—Alabardero — dice el Inglés.

—Es un traje muy original — comenta el dueño—. ¿No le parece, señorita? Usted dice que sí con la cabeza y a todos nos parece suficientemente original y muy hermoso. ¡Y el suyo! Un rey!

—Espléndido, sin dudas — responde Lagos—. Esta noche, esta tarde, mi popularidad en los círculos sociales se acrecentará y quedará consolidada. Tal vez pudiera hacer algún reparo a la calidad de las piedras de la corona y a la blancura del armiño. Pero no vale la pena.

Habló de perfil al dueño y sin mirar su disfraz, terminó con un suspiro. A pesar de la expresión irónica, imagino que tiene miedo, supongo que está arrepentido, que poco tiene que

ver con el Horacio Lagos que, en la madrugada, en el reservado del café de Pepe, nos dió órdenes, casi me hizo creer en la sinceridad de la venganza y el homenaje impuestos por Elena Sala: Estamos en carnaval y debemos escondernos en el carnaval. Buscan a un hombre bajo y grueso, vestido de gris; a uno rubio y flaco con traje marrón; a un buen mozo que fuma en pipa. Buscan a una muchacha de regular estatura, de ojos claros, nariz de dorso recto y sin señas visibles, aparte de las sutiles marcas profesionales que deja la práctica del violín. ¿No es así? Muy bien: los suprimimos como si sopláramos cuatro velas, los sustituimos echando a rodar por bailes y sitios de honesta diversión a una marquesa Dubarry, a un cosaco ribereño, un don Equis hijo de zorro, el último de los mohicanos.

—Todos los trajes son lindos —aventura el dueño, molesto por el silencio—. Seda. —Toca el traje de Lagos, lo sopesa y aparta la mano.

El Inglés se me acerca chupando la pipa, el traje de alabardero colgado del hombro; levanta el antifaz de Lagos y aspira el olor de la naftalina; entonces Lagos sonríe mirando mi traje sobre el mostrador, se echa a reír frente a mi cara y camina hasta la puerta sacudiendo la cabeza. El Inglés lo espera, inmóvil, el disfraz de alabardero siempre en el hombro, la casaca de rey en un brazo. Alegre y caluroso, el viejo se vuelve hacia usted y se pone a conversar con su nuca.

—¿Pero dónde está su traje? Señorita. Supo elegir, muy original, de muy buen gusto. Y no es un disfraz, es un traje de verdad. Es un secreto. —Mira y guiña un ojo.

Usted se toca el pecho con el pulgar y murmura algo cuando Lagos se vuelve, le toca al pasar la barbilla y se acerca a mí y a mi traje.

—Torero —dice—. ¿Eh, doctor? Amarillo y verde. —Alza el traje y lo sostiene un rato en el aire.— Torero —repite al abandonarlo junto a mi codo, después toma la montera y se la encaja en el puño, como hizo antes con la peluca.— No recuerdo haberlo visto en la trastienda. Complejo, dictaminará usted, doctor. Pero siempre he deseado tener un traje de torero, vestirlo alguna vez y fotografiarme. Si usted, doctor,

agregara a sus ya incontables bondades... si no tuviera inconveniente en aceptar un cambio...

—Yo lo elegí —digo secamente, sin saber de qué quiero vengarme—. Usted lo separó y volvió a dejarlo. —Hundo el codo en el traje y miro a Lagos con humildad y tristeza—. Ahora quiero ponérmelo.

—No me atreveré a desmentirlo. Pero reconozca, doctor, que en las perchas todos eran iguales. Puede haberlo visto; tal vez haya llegado a separarlo y examinarlo; pero, en realidad...

Gira la cabeza para buscar los ojos del Inglés, continúa el movimiento hasta sonreírle a usted, soslaya los dientes amarillos del viejo.

—No —digo cuando vuelve a mirarme.

—Está bien, no tiene importancia. ¿Cuánto tengo que pagar? —Se apoya en el mostrador, a mi lado, observa el progreso del sol en la calle; oigo otra ráfaga del piano, arriba, afuera, a mi espalda.

Usted y el dueño levantan la cortina y desaparecen en el corredor; usted vuelve y murmura junto a la cabeza de Lagos.

—No —dice él—. Es maravilloso pero imposible. Que nos alquile una valija o nos haga paquetes.

Espero paseándome mientras el vejete acomoda los trajes en una valija, mientras Lagos paga y el Inglés trata de silbar sin quitarse la pipa de la boca. Usted me alcanza bajo los árboles y me explica, veloz, sin mirarme, que vamos a casa de René para cambiar de ropa. Me vuelvo hacia Lagos, lo dejo acercar —ahora tiene un contoneo en la marcha, una mirada experta, casi vanidosa— y voy enterándome de cuánto lo quiero y lo respeto. El Inglés carga la valija, avanza con largos pasos, la empareja a usted.

—Vamos a lo de René —me dice Lagos, palmeándome—. Un gran muchacho. Pero sería mejor que llamara otra vez a Pepe. Perdóneme por todo y especialmente por estas pequeñas molestias, doctor...

Tal vez se burle, tal vez se haya burlado siempre; en los ojos no tiene otra cosa que amistad y una tristeza de anciano. Entro en una farmacia y sonrío junto al teléfono, averiguo las

andanzas del señor Albano. Anoche, después del balazo, agigantado para detener y organizar las columnas en retirada, lo que sentía de resignación y escepticismo en nosotros, Lagos, en el reservado del café inventó la frase “¿está por ahí el señor Albano?” como clave telefónica para preguntar por las novedades que se centralizaran en Pepe. Una precaución ociosa, un toque de virtuoso. El señor Albano —“¡ya lo tengo!” gritó Lagos con el índice extendido, inclinándose hacia nosotros una expresión de victoria y secreto— nació de la etiqueta de la botella que teníamos sobre la mesa. Pero al telefonar a Pepe siento que aumenta mi interés por la imposible presencia del señor Albano en el cafetín, por la sombra de su cuerpo, vestido de blanco, encima del piso manchado; por su voz inaudita, mutilada a compás en el movimiento de la pesada mandíbula; por su gesto en los saludos, por la calidad paciente y malévola que atribuyo a sus actitudes.

René tenía puesta una bata de seda, gris y con círculos negros, mientras estaba de pie, dándonos paso para entrar a su departamento, luego de haberse mostrado detrás de los vidrios del negocio de relojería y haber descorrido el cerrojo de la pequeña puerta metálica. Mientras entrábamos agachados corrió escaleras arriba para esperarnos en la puerta del departamento, erguido, riendo con el tono de burla que —se adivinaba— le era habitual, quitándose los anteojos por coquetería o para vernos mejor.

Ahora se mueve con rapidez y sin esfuerzo, retira libros y papeles del escritorio, no escucha la broma que reitera el Inglés, mueve los hombros bajo las excusas de Lagos.

—Están acá —dice—. Hagan lo que quieran, pueden quedarse un par de años. No es por eso, por mí. Sólo que, si no disparan pronto de Buenos Aires... ¿Quién fué? —pregunta con una repentina, ardorosa excitación en los ojos.

—Fuenteovejuna — dice Lagos.

—Yo —dice el Inglés; se inclina para dejar con cuidado la valija en el suelo, se alza arrancando humo a la pipa—. Todo esto es idiota, un juego. Voy a matar a otro y a entregarme; ellos pueden desaparecer.

Usted comienza a pasearse, desde la ventana abierta hasta la hornacina con el San Cristóbal y el Niño al hombro, mientras nosotros nos sentamos, escogemos cuidadosamente los asientos y el orden en que vamos a ocuparlos. De inmediato el cansancio me sube desde el cuero del sillón, se me entra en los poros; la miro y pienso que usted está forzando el retorno de aquella alegría, de aquel anonadamiento en el silencio y la soledad que descubrió en el negocio de disfraces.

—No me interesan los argumentos —dice el Inglés—. No voy a escucharlos. —Coloca una pierna sobre la valija, ampara la pipa entre los dedos—. No tenemos derecho a estarnos aquí. Tampoco entiendo para qué. Voy al dormitorio a cambiarme, si no hay mujeres. Quiero morir con el uniforme de la guardia suiza. ¿Conoce René la historia de los disfraces?

—Pueden quedarse dos años —repite René; me muestra el perfil de medalla, la flaca mejilla, el alto jopo endurecido—. No tengo por qué saber nada, si es que se preocupan por mí. Recibo a unos amigos que quieren hacer un baile de carnaval en mi casa.

Como guiada por su propia sonrisa, usted continúa paseándose, hacia allá, hacia acá. Abandonándome contra el respaldo del sillón, contra el cansancio y el sueño, resuelvo perdonarla, renunciar a la venganza, en homenaje a éste su tenaz rastreo de un motivo de dicha, en homenaje a esa voluntad de creer que usted acepta y cultiva ahora, en este momento en que el porvenir puede ser calculado en minutos, en que todo estado parece comprometido.

El Inglés se levanta, se dobla para recoger la valija, pasa al dormitorio, detrás de esas cortinas.

—Perdón —dice Lagos—. Pero usted, mi querido amigo, no me contesta. No se me ocurren inconvenientes para que me haga saber, exactamente, desde cuándo lo sabe. Suponiendo por un momento que esa historia sea verdadera en todos sus capítulos.

—Como guste —dice René; sentado sobre la mesa, se quita y examina los anteojos con una sonrisa; el dibujo femenino de su boca está atenuado por la delgadez ascética de los labios—. Es asombrosamente sencillo. No lo supe nunca, no

lo sé ahora. Con la mano sobre el pecho, no lo sé. Es cierto que la radio está gritando desde la mañana, cada cuarto de hora. Yo puedo oírla e imaginar cualquier cosa, deducir y llevarme mis deducciones a la tumba.

Sonríe, siempre burlón y lleno de amor; se zafa fingiendo interés por la transparencia de sus anteojos.

—¿Quién es René? —pregunto.

—René —contesta él, encogiendo los hombros, separando las manos con desolación.

—Es mi amigo —dice Lagos—. Y nunca sabrá cuánto lo quiero. Muy bien: deducciones. —No hay impaciencia ni cansancio en su cara; quizás todo sea mentira, estemos aún en el hotel junto al río, el Inglés no haya matado a nadie—. Técnica-mente inobjetable. Y nosotros, querido amigo, juramos respetar su secreto, su reticencia.

—Entonces —responde René— estamos de acuerdo. Pero, le ruego, acepte suponer por un momento que fueron ustedes y que yo lo sé. Aunque sólo sea para conversar un momento, mientras regresa Owen. Lagos: hemos jugado al ajedrez.

—Agradezco que lo recuerde; no será usted un jugador muy fuerte pero debe figurar entre los más elegantes del mundo. Supongamos aquello, entonces.

Sobre el borde del asiento, Lagos está colocado ahora entre el marido y el viudo, entre la frívola cortesía y la desesperación implacable. Usted continúa paseando, más veloz y resuelta ahora; tal vez no haya habido nunca problemas y baste con elegir entre la imagen de San Cristóbal y la luz del día en la ventana o dudar entre ambas cosas.

—Alabardero —dice el Inglés al volver; se sienta, busca un fósforo para su pipa. Tratamos de impedir que nos sorprenda mirándolo disfrazado, le agradecemos que haya sido el primero. Le miro a usted los tobillos para huir del pequeño espanto que brota de este hombre derrumbado en su sillón, acariciándose la peluca, rígido el brazo horizontal que apoya en la ridícula forma de arma envuelta en papel plateado.

—Bien, técnicamente perfecto —dice René—. Pero hoy termina el carnaval. En cuanto salga el sol, mañana, no podrán mover un dedo, disfrazados. Puedo hablar, entonces,

de veinticuatro horas perdidas; repetir que yo las hubiera utilizado para acercarme a una frontera.

—Exacto —dice Lagos—. Usted, todos harían eso. —Hace sonar, apenas, las puntas de los dedos contra el brazo del sillón y dobla el cuerpo hacia René, no tan rápidamente como para impedir que yo sepa, aun antes de que termine el movimiento, que está mintiendo—. Y ellos, la policía, van a pensar lo mismo. Todo el mundo; hombres con máuseres en los caminos, inspección de automóviles y trenes. Tan evidente... En este mismo momento no están esperando en cada frontera. ¿Pero a quiénes esperan? —Se vuelve hacia el lugar que ocupo: sé que está hablando para usted, nada más, para derramar alternativamente en sus oídos, al paso, la convicción de que la palabra mañana conserva un sentido y de que él es infinitamente más vigoroso que su edad—. Tienen, deben tener, supongamos, descripciones de nosotros. ¿Pero encontrarán nunca nada semejante a este alabardero, al rey en que voy a convertirme?

—Sí —dice René con tristeza—. Comprendo.

—Todo esto, querido amigo —dice Lagos poniéndose de pie— dentro de los anchos límites de la suposición inicial —Sonríe, se acerca a la mesa con rápidos pasitos, oprime el hombro de René—. Mi pobre amigo; hay la repentina, como enfurecida, breve infelicidad; hay también la otra, gris, menor, diaria, sin un final previsible. La suya. Querido amigo: llegó mi turno, voy a ser rey. —Se detiene junto a la cortina del dormitorio, siento que sospecha haber dejado un miedo detrás suyo, una desconfianza—. Si yo dirigiera una retirada... Claro, es cierto, el carnaval termina. Pero habría conquistado ya una seguridad absoluta de veinticuatro horas, habría fortificado la moral de mi ejército y, durante el tiempo así ganado, organizaría el arribo a la frontera.

—También es cierto —dice René; pero Lagos no se convence, vuelve sonriendo hasta el centro de la habitación, parece coincidir por sorpresa con usted y la estrecha levemente contra el pecho.

—Yo, el rey —dice Lagos junto a la mesa—. ¿Le molestaría mucho acompañarme un momento? —Hace una reverencia, junta los talones, y entra al dormitorio con René.

Usted ha vuelto a caminar, al otro lado del humo de la pipa del Inglés; descubro que la zona de quietud y desvío que se extiende desde las flacas rodillas del alabardero, desde las arrugas de las medias blancas, se empeña en desvanecer lo que usted construye. Usted lucha y persiste, pero termina por detenerse, sonríe hacia mí sin ver, se acerca y cae en un asiento, a mi lado.

Con el disfraz, Lagos parece simultáneamente más gordo y más alto; lo veo avanzar duplicando la dignidad de sus modales. Es probable que ensaye los dones recién adquiridos cuando se inclina para cuchichear junto a la oreja del Inglés, inmóvil en su asiento, el ángulo recto del brazo apoyado en la corta lanza que él llama alabarda. Usted dilata y asoma los ojos para mirar a René que se acerca con ropas de calle, un sombrero de paja y una libreta negra en la mano.

—Vamos a salir —explica Lagos; me mira, sonríe hacia usted—. No creo que demoremos. René tuvo una idea magnífica; es posible todo está arreglado en un par de horas. Hay un teléfono en el dormitorio, doctor; le ruego que, de vez en cuando, se interese por nuestro amigo Albano.

—No hay inconveniente en que usen el teléfono —agrega René—. Pero no atiendan si llaman, no utilicen el del negocio.

Hay algo incomprensible en su sonrisa cortés, presiento la repugnancia que me amenaza, lo que habrá de grotesco y elegíaco en el grupo cuando se vuelvan de espaldas y caminen hacia la puerta, el rey, el alabardero, este hombre que los acompaña o los guía, como un loquero a sus enfermos.

Voy hasta el dormitorio para no verlos partir, uso el teléfono como pretexto; llamo mientras ellos cierran con suavidad la puerta, me sobra el tiempo para percibir el crecimiento del silencio en la primera habitación, la soledad que comienza a rodearla a usted y la aisla. Es la voz de Pepe en el aparato, sobresaliendo de los ruidos que anticipan el mediodía, la inquietud ruidosa de vasos con vermouthe, sifones, platos de aceitunas, dinero y fichas. No ha llegado aún el señor Albano; doy las gracias y, ya sin sueño, me tiro en la cama, me hundo apenas en la colcha azul. Pienso en usted y la olvido, acojo mi voluntad de olvidarla, olvido el futuro irrealizable que

nos unió, olvido la insignificante porción de lo que hicimos juntos, de lo que nos espera. Con las manos bajo la nuca, rodeado, atravesado casi por las listas azules, rosadas y cremas del empapelado, me dejo caer en cualquier marchita felicidad pasada. Evoco al señor Albano sin otro resultado que algunos mal distribuidos cabellos retintos sobre una piel oscura y grasienta; adivino que habré de conocer de golpe sus anécdotas, su rostro, su voz, sus costumbres misteriosas y morigeradas en el mismo momento en que Pepe sustituya la monótona negativa por la explicación de las complicaciones recién surgidas, la enumeración de los progresos del cerco que terminará por atraparnos. Recuerdo la grandeza de Lagos cuando repartía indicaciones en un ineludible lenguaje infantil, cuando demostró ser capaz de preverlo todo menos el suave gesto con que el Inglés apoyó su pistola en el cuerpo del hombre que se acercó al automóvil y quiso detenernos; vuelvo al señor Albano e imagino nuestro encuentro en un reservado del café, o junto al mostrador, la entrevista en que tomados del brazo nos haremos oír, sin apuro, las tediosas confidencias que puede cambiar un muerto con un fantasma.

Pienso que voy a dormirme y salto de la cama; la descubro a usted dormida en un sillón, imagino la totalidad de la vida animal de su cuerpo, desde los zapatos hasta los párpados que se arrugan para proteger el sueño. Bajo la escalera, atraveso la penumbra del taller de la relojería, la salita de ventas; la luz de la calle entra casi vertical, recorta en la vidriera las letras doradas de la muestra, el cuadriculado metálico del sistema de alarma. Al otro lado de la calle, en el café de la esquina, sentado junto a la ventana, con un codo que avanza en la mañana húmeda y caliente, hay un hombre de perfil, con sombrero panamá, inclinado encima de un diario.

Quedo inmóvil, mirándolo, escucho los tictacs desaparejos de una veintena de relojes a mi espalda, sobre mi cabeza, vibrando en el escaparate, cerca de mi vientre; invento el golpeteo de las máquinas que no oigo, las que están en la caja fuerte, en las vitrinas, en la luz verdosa de un pequeño acuario, sin poderes para evitar que el latido de los relojes mida y corra este tiempo y los que soy capaz de recordar y suponer.

El aire del local, de pronto, retrocede, se hace silencioso y descende; desde todas partes saltan las campanadas del mediodía, martillan y cantan los carillones. Camino hacia atrás hasta que choco con un reloj de pie; tembloroso, me aplico a sudar todo el miedo que acumulé, sin saberlo, desde ayer, mientras se prolonga el estrépito, mientras agonizan en mi memoria los últimos sonidos de los relojes.

Voy al estrecho taller y me siento en una banqueta, junto a la mesa; me ajusto contra un ojo un lente de relojero, enciendo un cigarrillo y examino, a través de los vidrios del tabique, con una fría mirada tuerta, la luz de la calle depositada en la parte delantera del negocio. Escuchando el batallón de tictacs que ataca a la claridad del mediodía, la empuja, la desgasta; escuchando los puntuales carillones y campanas que van celebrando victorias parciales. Sin pensamientos, sin intervenir, ajeno al tiempo y a la luz, presencio la lucha hasta que termina, hasta que los metales y los vidrios de las esferas comienzan a reproducir y repartirse el reflejo de la primera lámpara que se enciende en la calle. Dejo sobre la mesa del taller el lente negro, suspiro el cansancio de la jornada y subo la escalera, con el cuerpo dolorido, una mano en el riñón.

En el departamento a oscuras camino lentamente entre los muebles, la oigo murmurar o reírse, confusamente veo que usted separa del muro la mancha blanca de su vestido. Usted corre, veloz y sigilosa, se detiene junto al diván; voy reconociendo, lentamente, su cara, su cuerpo empequeñecido por el disfraz de bailarina. Me siento en un sillón y comenzamos a hablar de su disfraz; contesto con docilidad, acepto todo lo que usted dice o insinúa, voy creyendo en la entrecortada historia de un traje semejante, de una tía joven, de dos o tres sentimientos, remozados de improviso y que sólo a usted pueden interesar. Descubro que sus piernas se han hecho asombrosamente fuertes y comprendo que usted estuvo bailando, sin descanso, mientras atardecía, que estuvo corriendo de lado a lado de la habitación, un tímido salto al pie de la hornacina, otro junto a la ventana.

Cuando usted termina su historia doy mi asentimiento con voz reflexiva y suspiro. Desde muy lejos nos llega un

ruido de gritos y automóviles y en el inmediato silencio presente, un poco nervioso, que va a iniciarse nuestra vida en común; me hago cargo de que no nos entendemos del todo y de que será necesario rellenar muchas distancias con olvidos y buena voluntad.

Se abre la puerta y los tres hombres entran, emergen de un subsuelo de repiques y prólogos musicales. Alguien enciende la luz.

—Todo está bien. Casi arreglados — dice Lagos.

—Mañana. En la madrugada — agrega el Inglés.

La cara de Lagos se mueve firme y alegre; la del Inglés muestra discretamente la resignación y el fracaso. Me doy cuenta de que ambas expresiones son partes de un mismo rostro, que han acordado repartirse la confianza y el desánimo. No hago preguntas; me coloco al lado de René y lo ayudo a desembarazar la mesa y abrir paquetes, descorcho la botella de vino.

Cuando alguno deposita en la bandeja el último hueso de gallina, René sonríe hacia el techo y dice, rápido:

—Si quieren pueden quedarse.

—No —contesta Lagos—. Ahora menos que nunca. Hay muchas cosas que hacer.

Usted, solitaria en el extremo de la mesa, alza las manos que brillan con la grasa de la comida, se mira uno a uno los dedos, los acerca y los aparta de un gesto maravillado. En el dormitorio descubro que la faja del traje de torero se reduce a un cinturón ancho y relleno que se sujeta con broches en la espalda; no puedo recordar por qué quise este disfraz y estuve dispuesto a defenderlo. Estoy frente al espejo, ridículo y triste, no me animo a erguirme ni a mirarme en los ojos.

Tal vez el mismo Lagos haya empezado a ver hombres con sombreros panamá, distraídos señores Albano de anchas mandíbulas, mientras andamos por una calle del centro, de dos en fondo, apretándonos en la multitud, ofreciendo las caras desnudas. Me toca un hombro, vuelve la cabeza hacia usted y el Inglés.

—Que entren aquí, doctor —dice—. Le ruego. Vamos a entrar aquí.

No hacemos preguntas mientras Lagos se adelanta en el vestíbulo del teatro para comprar las entradas al baile. Usted ríe, colgada del brazo rígido del Inglés. La cabeza torcida hacia el ruido de la música. Paso a paso, tratamos de llegar a una mesa vacía; demasiado tarde, Lagos me advierte:

—No vamos a bailar todavía.

Usted golpea con la frente el pecho del Inglés, se abrazan y bailando, alcanzan mucho antes que nosotros la mesa vacía.

—Un momento —dice Lagos; la mira a usted con una repentina ternura, casi impúdica, y ambos ríen; usted, como en otra noche que no ha llegado todavía, inclina luego la expresión de una furia sin destino, una boca oscura y amarga, está como apoyando el pecho contra el aire caliente, los perfumes, el humo.— Un momento. Vamos a tomar una copa, vamos a brindar.

Brindamos, por nada, alzamos un momento las copas hacia las serpentinas que cuelgan del techo. Cuando usted se aleja con el Inglés vigilo los ojos de Lagos que tratan de no perder entre los bailarines su redonda falda rígida, el triángulo desnudo de su espalda; lleno mi copa, abandono el cuerpo y voy siguiendo en la cara de Lagos las vueltas que da usted abrazada al Inglés. No diría que está viejo; diría que acaba de llegar, en este exacto minuto, al momento en que se empieza a envejecer.

Usted vuelve a la mesa, apoya en una punta los dedos de una mano, bebe un trago, me sonrío como si le fuera posible darme algo, alza los brazos para recibir a Lagos y se alejan bailando.

El Inglés me oprime un brazo sin hablar; espero, decido despreocuparme de cualquier confesión. Vacía su copa y vuelve a llenarla con el resto de la botella.

—Y fué esta mañana —murmura— cuando casi discutimos por un traje de disfraz. Y fué ayer de tarde cuando voltee al tipo y lo dejé duro boca arriba en la llovizna. No pensaba hacerlo hasta que me ví haciéndolo. Pero, en el fondo, es probable que estuviera decidido a una cosa así desde el hotel del río. Pero no sé si tengo derecho a complicar en esto a un hombre como usted.

—Gracias —digo—. ¿Y en cuanto a la muchacha?

—¿La violinista? —Se asombra, se burla un poco, sacude una mano en el aire—. A ese tipo de mujeres hay que darle cualquier cosa menos la paz. Lo excitante, exciting, es su lema. Nacieron para vivir, las respeto, son tan escasas.

Usted baila conmigo, con Mauricio y con el Inglés; vuelve a bailar conmigo y recuerdo el teléfono. Costeo la pista y llego hasta el bar, pregunto por el señor Albano, me entero de que estuvieron ya en la lavandería, que encontraron su estuche de violín, lleno de ampollas, en el hueco del mostrador. A solas con Lagos en la mesa la miro alzar su risa hacia la cara del Inglés mientras bailan y evoco la destreza con que el Inglés en la lavandería, disimuló el estuche bajo las ropas y el diminuto orgullo que tenía al enderezarse y mirarnos; evoco el olor de la cálida humedad y el de las camisas usadas.

—Estuvieron en la lavandería —murmuró—. A las diez.

—Gracias —contesta Lagos; cuando descubre su vestido junto a la orquesta vuelve a sonreír.— Nos vamos — anuncia cuando usted y el Inglés llegan a la mesa; pone el dinero sobre el mantel, no da explicaciones ni nos mira, tal vez imagine extraer un último prestigio de la arbitrariedad y el misterio.

Con inflexible velocidad atraviesa la sala de baile y el vestíbulo del teatro; sólo al detenerse en el borde de la acera comprende que está desesperado y se vuelve para enfrentarnos con una sonrisa de asombro. Subimos a un taxi y atravesamos el carnaval en la ciudad sin hablarnos; descendemos junto a un largo paredón donde han pintado leyendas políticas con altas letras blancas.

—¿Eso, lo de la lavandería —pregunto a Lagos— quiere decir que...?

Lagos me toma de un brazo y me va conteniendo hasta que usted y el Inglés avanzan una mal alumbrada cuadra en la noche.

—No puede saberse, doctor. ¿Diría usted que todo está perdido? Perdone por contestarle con una pregunta. Subsiste mi plan, nuestro plan; continuamos escondidos en la fiesta, hemos dejado de ser hasta la mañana. Tengo un definitivo respeto por su ecuanimidad. ¿Me reprocharía usted no haberle hablado de Elena en todo este tiempo, estos días? Mire hacia

allá, doctor, vea esa figura blanca al lado de Oscar. Ella es Elena. Nada se interrumpe, nada termina; aunque los miopes se despisten con los cambios de circunstancias y personajes. Pero no usted, doctor. Escuche: aquel viaje que hizo usted con Elena persiguiendo a Oscar, ¿no es exactamente el mismo viaje que pueden hacer esta madrugada, en una lancha, desde el Tigre, una bailarina, un torero, un guardia de corps, un rey?

Me suelta el brazo y continúa andando en silencio, modesto y majestuoso a la vez, resuelto a dejar dentro de mí su última frase, como un gajo, para que arraigue y crezca.

—No voy a ningún baile —dice usted en la esquina—. Ir ahora sería como matar todos los bailes del mundo. Lo que es, lo que debe ser un baile. Pero voy a cualquier otro lado que quieras, que digan. Eso sí.

Cuando el Inglés consigue un coche y estoy nuevamente sentado junto a un chófer, rodando hacia el oeste sin destino preciso; mientras Lagos cambia de intención, se desilusiona al llegar a las esquinas que nombró y volvemos a correr hacia otra que tampoco podrá satisfacerlo; mientras atravesamos y confundimos calles, risas, músicas, faroles, supongo que Lagos y yo vamos amontonando remordimientos por dejar sin respuesta los saludos de decenas de señores Albano que sonríen con sólo aflojar las mandíbulas y agitan a nuestro paso sombreros panamá desde balcones, mesas de café, otros automóviles.

Ahora, siempre dentro del carnaval, estoy junto a usted en la pequeña glorieta de ramas secas y polvorientas donde cuelgan serpentinatas y flores de papel, donde se extienden iniciales, fechas y epígrafes a los que pasamos revista moviendo los labios en silencio. Esperamos al mozo, una guitarra preludia interminable.

—Brindo —dice el Inglés alzando su vaso, la otra mano colgando sobre la alabarda, sin esperarnos para beber—. Brindo por el salón de una peluquería, con un solo sillón, un mulato, un espejo picado. Por una hora de la siesta y por mí sudando en la sombra, hojeando revistas. No conozco, en este momento, un recuerdo más importante.

—No hay nada nuevo — anuncio al volver a la mesa, después de hablar por teléfono, de enterarme de que el señor Albano no se encuentra en el café, después de pasar cerca del guitarrista que preludia en el patio frente a cuatro amigos silenciosos, tres mujeres casi dormidas.

—Estuvieron en el lavadero —dice Lagos—. Querido doctor, es mi deber confesarle que no existe ninguna lancha. —Levanta su vaso, nos muestra luego una sonrisa que no alcanza a separarle los labios, nos deja ver que está viejo y que no ama a nadie.

Rozo la mano que usted esconde bajo la mesa, engancho una uña en el filo de una pulsera y de golpe comprendo a la vida, me reconozco en ella, experimento un definitivo desencanto por su sencillez.

—Brindaría ahora —murmura el Inglés— por un hombre muy viejo. Se alimentaba de minúsculos misterios sin importancia. Cuando le llegó la hora de la muerte creyó salvarse diciendo que tenía sueño.

Yendo hacia el teléfono veo el patio abandonado, las mesas amontonadas, una claridad lunar que ya se disuelve en el ramaje. Pregunto por el señor Albano y Pepe habla con voz monótona, sin interrumpirse, como si recitara su información por centésima vez y ya le fuera imposible descubrirle un sentido.

—Gracias —contesto—. No sé si volveré a llamar.

Mientras vuelvo a la mesa —hay una indudable claridad encima de la glorieta— me siento impedido por la ridiculez del disfraz, me avergüenzo del silencio de mis zapatos con hebilla sobre las baldosas rojas del patio, sobre el piso de tierra donde usted y ellos me esperan.

—Estuvieron en lo de René, en la relojería —digo al sentarme—. Él mismo avisó a Pepe cuando los oyó golpear en la puerta.

—Gracias —dice Lagos—. También podemos brindar por eso.

Usted se endereza como despertando, empuja mi pierna con la suya; por un largo momento la risa le impide hablar.

—¿Quiere decir que la ropa... que ya no podremos cambiarnos?

—Excesivamente escondidos en el carnaval, según parece — comenta Lagos y trata de que yo lo vea sonreír.

Usted alza los brazos para mirárselos, se mira el corpiño, la corta falda rígida que parece descansar sobre sus rodillas; ríe, ahora suavemente, cada vez más despacio, como si se alejara.

—No sólo las ropas y los documentos —dice Lagos. —También el dinero estaba en casa de René.

—Brindemos con los vasos vacíos — propone el Inglés.

Entonces comienza un silencio que los últimos ruidos de la calle sólo tocan para sumergirse y desaparecer en él; un silencio en el que me es posible recoger por error los pensamientos de Lagos y del Inglés y pensarlos un momento por ellos. Puedo verla a usted, diez años antes, escondiendo bajo su almohada un par de zapatillas de baile; mirar por encima de su hombro las láminas que va recortando de gruesas revistas viejas, distinguir el reflejo de las tijeras en el papel satinado; puedo verla bailar lo que le obligan a tocar en el violín. Y aquí, en la glorieta, sobre la mesa —mientras se inicia, tímidamente, sin otro fin que cubrir y proteger el silencio, el rumor de los pájaros— puedo ver la cara joven y desapasionada del Inglés, sus ojos bizqueando hacia el agujero negro de la pipa vacía que sostiene con los dientes; puedo ver a Lagos que envejece entre suspiros enérgicos, como si recurriera a toda su voluntad, a todo su orgullo, para avanzar en los años, imponiéndose fechas y estaciones, sin otro temor que el de una muerte prematura.

Flanqueados por sonrisas, susurros, cabezas inquietas, vamos saliendo hacia la gran burla de la mañana próxima; avanzamos detrás de Lagos, pisoteando los vestigios de la fiesta, empeñados puerilmente en la ignorancia de las calles y de los ruidos que se van alzando como un vapor; guiados por la voluntad de Lagos, que desconocemos, creyendo en él por última vez. Cargados con nuestro inmortal silencio, avanzamos.

No tomo su brazo al cruzar las calles, no intento protegerla, no la recuerdo. El débil viento mezcla y enreda en las

calles los rastros del carnaval difunto y el amanecer está imponiendo nuevos límites al mundo cuando Lagos deja de conducirnos y los cuatro nos sentamos en un banco sin respaldo, en una plazoleta de barrio, sin estatuas ni verja, con un enorme pino central que nos ofrece sombra para el mediodía. Allí guardamos, rígidos, pesados, estremecidos por el viento a medida que vamos entrando en la mañana, y nos acercamos, inmóviles, a la claridad y al final. Pero cuando logro distinguir entre los árboles, pisando con levedad el césped, a fugaces hombres con sombreros de paja que aventuran saludos indecisos, prefiero irresistiblemente no esperar al señor Albano en el banco y me pongo de pie. Un momento después, usted y el Inglés se levantan.

Contemplamos la boca hundida de Lagos, los ojos entornados donde escarba la luz creciente, el mechón de pelo encañecido que asoma debajo de la peluca. El Inglés sacude con alarma la cabeza, como si fuera descubriendo a los fantasmas que se reproducen sin impaciencia encima de los canteros, se occultan parcialmente detrás de los troncos. Después empieza a pasearse frente a Lagos, frente a su cuerpo en el banco, derrumbado y majestuoso; va y viene, la alabarda al hombro, con pasos y medias vueltas de rutina.

Puedo alejarme tranquilo; cruzo la plazoleta y usted camina a mi lado, alcanzamos la esquina y remontamos la desierta calle arbolada, sin huir de nadie, sin buscar ningún encuentro, arrastrando un poco los pies, más por felicidad que por cansancio.

IDEA VILARIÑO

POEMAS

POEMA CON ESPERANZA

*Quando el paje que roba robaba
y el que canta cantaba
y el que deshace y mata
iba a matar con desazón y lujo
sabiendo y sin embargo
cuando entonces dios mío
cuando entonces dios mío
era así y era cruel y era cansado
y daba
no la cara la máscara
y puños se entendían
y dientes entendían si hay que cortar con fuerza
y tijera o taladro
o sonrisa sabía
se sabía
sabíamos
cuando entonces la noche.
Y en cambio un paso es frágil
en cambio la mañana
el fantasma rosado que le ríe en los dientes
y la cama que es mesa o es el más pavoroso
es hondo o es desastre
o angustia sin medida
y las flores devoran hasta el aire pequeño
y llueve entre la almohada
y no se puede
y no
y nada nada
era una suave y nada de todo cuanto entonces*

*cuanto entonces dios mío.
Ni tampoco se quiere
ni la harina perdida va a compensar el año
y el año ríe tanto que no entiende no entiende
pero los otros nunca
porque se va apretando sin darles tiempo el cielo
despacio
como quiere
pero los otros nunca
y hasta respiran poco por eso de las flores
y unos hombres esperan
con el sexo en la mano cuidadoso guardado
que terminen los siglos porque eso ya es inútil
y otros que sea no
que sea no ya ahora
aunque a veces dios mío.
aunque a veces dios mío.*

LOS CIELOS

*Se cae de los árboles
se cae la el otoño
la lenta primavera que sube por setiembre
y se mira los dedos
las rosadas señales
el viejo simulacro de fuegos y paredes.
Se cae la el otoño
le cae un encendido
el aire amargo del
el aire amargo
la sospecha de un ángel devorante
una fruta de horror
un signo ardiente.
El mundo cae en sí
la cara cae*

*hincan los dientes en
piden muy poco
pero cuesta ya cuesta dar entonces
recoger el amor que cae de los árboles
que cae la el dolor
tener silencio
o tocar las inmensas bolsas solas
y salir dando voces por los cielos.*

PARAÍSO PERDIDO *

*Lejano infancia paraíso cielo
oh seguro seguro paraíso.
Quiero pedir que no y volver. No quiero
oh no quiero no quiero madre mía
no quiero ya no quiero no este mundo.
Harta es la luz con mano de tristeza
harta la sucia sucia luz vestida
hartas la voz la boca la catada
y regustada inercia de la forma.
Si no da para el día si el cansancio
si la esperanza triturada y la alta
pesadumbre no dan para la vida
si el tiempo arrastra muerto de un costado
si todo para arder para sumirse
para dejar la voz temblando estarse
el cuerpo destinado la mirada
golpeada el nombre herido rindan cuentas.
No quiero ya no quiero hacer señales
mover la mano no ni la mirada
ni el corazón. No quiero ya no quiero
la sucia sucia sucia luz del día.
Lejano infancia paraíso cielo
oh seguro seguro paraíso.*

* Segunda versión.

MANUEL ARTURO CLAPS

NICOLAI HARTMANN Y LA HISTORIA DE LA FILOSOFIA

LA HISTORIA de la filosofía se ha convertido en uno de los temas fundamentales del pensamiento contemporáneo. El problema tiene para nosotros primordial importancia dada nuestra situación histórica. El europeo puede hacer problema de la historia, pero vive *desde* la historia, desde la tradición. A nosotros, en cambio, en plena formación espiritual, este problema de la historia nos afecta esencialmente, porque tal vez nos sea posible, planteado de un modo existencialista, *elegir* una tradición. Es decir, elegir con respecto al pasado.

Vamos a considerar el problema a través del trabajo de Nicolai Hartmann, *El pensamiento filosófico y su historia* (1) donde hallan clara expresión conceptual ideas expresadas también por otros pensadores de un modo menos explícito. El modo de exposición sistemático, la nitidez lógica y la segura conducción del tema, hacen de esta tesis un ejemplo magistral de pensamiento. Su riqueza ideológica es tal que se hace imposible exponer y discutir todas las ideas. Nos limitaremos a destacar las fundamentales.

Comienza señalando la situación crítica de la historia de la filosofía dentro de la filosofía contemporánea, apreciación que coincide con la de Jaspers quien ve "*la verdad del filosofar más que en la creación de nuevos conceptos, en la manera*

(1) Este trabajo fué leído en la Academia Prusiana de Ciencias en junio de 1936. Fué traducido por Aníbal del Campo y publicado por la Editorial Claudio García y Cía., Montevideo, en 1944. Es el primer trabajo de Hartmann que se traduce al español, y la indiferencia con que ha sido acogido entre nosotros revela una alarmante falta de sensibilidad filosófica y un prejuicio injustificado frente al pensamiento alemán.

cómo la filosofía actual nos hace reencontrar y sentir los pensamientos del pasado". (2)

Destaca luego el peligro que entraña para quien comienza a aprender filosofía la situación de insuficiencia de su historia ya que aquél se encuentra "no sólo frente a la multiplicidad de sistemas y opiniones doctrinales sino también ante la multiplicidad de interpretaciones de estas mismas doctrinas... y en lugar de llevarlo a comprender, se le conduce a desesperar de toda comprensión, a una desilusión prematura y al abandono de los estudios" (pág. 16). El temor a caer en el dogmatismo del sistema ha llevado, en la enseñanza, al tratamiento meramente histórico, lo que trae como consecuencia el mal denunciado.

FILOSOFÍA E HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

Hartmann ve con razón la causa de estas insuficiencias en el modo como se ha encarado la historia de la filosofía. Pero este último depende del concepto que se tenga de aquélla. Ya la expresión *historia de la filosofía* encierra una contradicción como lo ha señalado Hegel en sus LECCIONES: "En efecto —dice— la filosofía se propone reconocer lo que es inmutable, eterno, en sí, por sí, su tarea es la verdad; mientras que en cambio, la historia cuenta lo que ha sido en un tiempo determinado, pero luego ha desaparecido, sustituido por otra cosa". (3) Planteado así el problema, surge una dificultad mayor que al estudiar cualquier otra rama del conocimiento, porque entre la filosofía y su historia hay una relación especial, que no es la misma que existe entre las ciencias y su pasado. En la filosofía hay un "nexo esencial" como advirtió el mismo Hegel. Actualmente no hay posibilidad de filosofar si no se reasume el pasado.

(2) *La mia filosofia*. Pág. 6. Traducción italiana de Renato de Rosa. Roma, Einaudi, 1946.

(3) *Lezioni sulla storia della filosofia*. Pág. 16. Traducción italiana de Codignola y G. Sanna. Firenze, La Nuova Italia, 1947.

A nuestro juicio en este punto el autor no hace las consideraciones necesarias sobre la distinta naturaleza del conocimiento filosófico y del científico. Parecería que presupone una identidad, pero las contradicciones quedan sin resolver y estas insuficiencias le restan claridad a la tesis.

Da por supuesto que la filosofía es una ciencia pero no aclara la diferencia de objeto. Y además el conocimiento científico parece darle la razón al pragmatismo, ya que lo que es tenido por verdad en una época no lo es en otra. La ciencia más que *intelección* es *teoría*.

El defecto de las historias de la filosofía consiste en que no han sido lo suficientemente filosóficas. Hartmann no deja de hacer justicia al inmenso trabajo histórico desarrollado por los grandes historiadores de la filosofía, pero señala la insuficiencia que hemos sentido todos los que la estudiamos. La historia clásica de la filosofía estaba viciada por un triple prejuicio: se entendía que era de igual valor todo lo que un pensador enseñaba y se trataba de reconstruir el sistema; se pensaba que la filosofía era una expresión personal del filósofo y se creía que lo esencial provenía de otros dominios. (Se consideraba la filosofía como una superestructura —por ejemplo en el marxismo— que refleja otra estructura fundamental.) Pero no se preguntaba “*qué había visto, conocido, comprendido, qué conquistas había dejado*” (pág. 22). Es decir, que la historia de la filosofía seguía siendo, aunque en un grado superior, *doxografía*. No se preocupaba por el hecho real, objetivo del conocimiento, sino por el hecho histórico.

El pensamiento del siglo pasado había dado dos soluciones falsas: una, el positivismo, que consideraba como el siglo xviii “que la historia de la filosofía era la historia de los errores del espíritu humano” (4) (aunque paradójicamente Comte pedía una historia de la ciencia donde precisamente aquella no es esencial); otra, el eclecticismo que, dándose cuenta de la importancia del pasado, pero sin un firme pensamiento propio, quería componer una filosofía con opiniones.

(4) E. Bréhier. *La Philosophie et son passé*, pág. 32. París, Alcan, 1940.

Junto a estas dos soluciones falsas surgieron dos intentos frustrados de solución: el de Windelband, que quiso escribir una historia por problemas y la escribió por problemas pero desde los sistemas; y el de Dilthey, quien tomando en cuenta el mundo que rodea al pensador y los motivos psicológicos, escribió una historia de las cosmovisiones. En medio de ellos surge la figura genial de Hegel que fué el verdadero fundador de la historia de la filosofía tal como tratamos de entenderla ahora. (En este trabajo de Hartmann se advierte la filiación hegeliana de su idea.)

Hay entonces paralela a la historia de la filosofía, tal como se ha hecho hasta el presente y que llamaremos en superficie (la que se ocupa de los sistemas en cuanto construcciones), otra que llamaremos en profundidad. Ésta es la que propone el autor: *“un trabajo conceptual que progresa en los problemas, que analiza, investiga y tiene la tendencia a no dejar subsistir sino lo verificable. Es el aspecto que la filosofía tiene de común con las sanas tendencias de toda ciencia”* (pág. 17). En el mismo sentido se ha expresado Brunschvicg: *“Una historia de la filosofía que no sea un ejercicio de filología retrospectiva, una revista de creencias muertas, un museo de controversias de la fantasía, que más bien se asemeje a la historia de la ciencia y se ofrezca con el mismo título que ella como una historia de la verdad”*. (*Doxographie et philosophie* en la Revue de Metaphisique et Morale, año 37, Nro. 3, pág. 297.)

INTELECCIÓN Y SISTEMA

Hechas estas aclaraciones preliminares llegamos a lo fundamental de la tesis de Hartmann. Si la filosofía no es un vano sueño, si la metafísica no es “un género de la literatura fantástica”, si “no es sonambulismo sino más bien la más vigilante conciencia” ⁽⁵⁾; si es conocimiento de la realidad, el filósofo debe preguntar por el *valor de la realidad* del pensamiento,

(5) Hegel. Ob. cit.

debe hacer sonar la moneda de los conceptos para verificar el oro de realidad que hay en su acuñación. Esta tarea, como lo señala el mismo Hartmann, la iniciaron los filósofos, no los historiadores de la filosofía. Un Hegel, un Nietzsche, preguntaron apasionadamente en ese sentido y fundaron así la filosofía contemporánea.

Frente a la concepción clásica se exige "*El ideal de una investigación que se ocupe de las conquistas e intelecciones del pensamiento*". Lo más importante no será el contenido conceptual de los sistemas "*sino reconocer, volver a conocer lo que ellos han conocido*" (pág. 31).

Un esfuerzo semejante solicita Bergson en LA INTUICIÓN FILOSÓFICA para colocarse en la misma situación de la "intuición original" (la *intelección original* de Hartmann) "así volveremos a ver en la medida de lo posible lo que el filósofo ha visto". (6)

Léase este pasaje que podría ser de Bergson: "*se trata de reconocer lo que Platón ha conocido, de intuir lo que él ha intuído aun cuando no lo formulara en conceptos conclusos*" (pág. 35, nota). Bergson desarrolla más el proceso de la intuición, pero con el ahistoricismo que le es propio no lo generaliza para una historia de la filosofía.

Siguiendo estas líneas de pensamiento Hartmann hace su conocida distinción entre los dos tipos de pensadores: "*los que predominantemente piensan sistemas y los que piensan preferentemente problemas*" (pág. 18). Estas ideas no sorprenderán a los que estén familiarizados con el pensamiento de Vaz Ferreira, que ha enseñado a distinguir entre "pensar por sistemas y pensar por ideas" (7) (Lo que uno denomina problemático, el otro lo denomina conflictual. Este acercamiento de dos pensadores tan dispares contribuye a situar la figura del maestro uruguayo en el pensamiento contemporáneo.)

Pero más importante que los tipos de pensadores son los tipos de pensamiento y estos dos modos de pensamiento obede-

(6) H. Bergson. *L'intuición philosophique*, pág. 120, en *La pensée et le mouvant*. París, Presses Universitaires, 1946.

(7) *Lógica Viva*.

cen a “*una diferencia de actitud, de Ethos filosófico*” (pág. 19). Es importante destacar esto en Hispanoamérica donde la reflexión filosófica está en sus comienzos. Por ahora más que los logros nos debe interesar la actitud ante los problemas, los *modos de pensamiento*. Hay que atender cuidadosamente al modo cómo se piensa, vigilar el trabajo del pensamiento para evitar los vicios viejos que junto con la historia pueden incorporarse a nuestra mentalidad.

El supuesto central de que parte Hartmann es la identidad del objeto del conocimiento, lo que con una expresión pleonástica se ha llamado la permanencia del ser. Es por ese origen común que puede haber concordancia entre los distintos pensamientos, y la contradicción denuncia automáticamente el error. Todo pensador parte de un problema concreto y por esto en el origen de los sistemas se hallan intelecciones auténticas, sostenibles dentro del ámbito problemático del que han surgido pero que al generalizarse en sistema se falsifican y dan lugar a los “ismos” (aquí de nuevo se puede anotar una coincidencia con el pensamiento de Vaz Ferreira; es lo que éste llama “sistematizaciones ilegítimas”). Como afirma Hartman “*el error en la filosofía es en lo esencial una función de la tendencia sistemática*” (pág. 70). Y de ahí la crisis del sistema en la filosofía contemporánea, que ha rectificado rumbos hacia la verdad. Pero no hay que confundir *sistema* con *sistemático*. Hay que distinguir bien, más allá de la definición del diccionario de la Academia. Sistemático vale aquí por *metódico*. La importancia de lo sistemático en filosofía ha sido destacada por Jaspers, quien afirma: “La decidida voluntad contra el sistema está muy lejos de excluir la tendencia y el propósito de proceder sistemáticamente porque toda voluntad sin este propósito y sin esta tendencia debe conducir al caos”.⁽⁸⁾ Y agrega más adelante: “desarrollar en una lógica la sistemática entendida como «órgano de la razón» me parece que es hoy la cosa más importante”. No queremos afirmar la identidad de *pensamiento* y *sistemático* (los pensadores aforísticos, Pascal,

(8) Ob. cit., pág. 40.

Nietzsche, Kierkegaard, tienen un pensamiento por naturaleza no sistemático) pero todo gran filósofo trata sistemática, metódica, coherentemente, los problemas. En este sentido Bergson, por ejemplo, es sistemático. De lo contrario se puede caer en la facilidad y en el apogeo del caos.

LOS CRITERIOS DE LA VERDAD

Hartmann enfrenta aquí uno de los problemas más difíciles de la filosofía. Aceptado que haya un progreso en el conocimiento, ¿cómo distinguiríamos la verdad del error? Este problema está vinculado al problema general del criterio de la verdad que el autor ya ha tratado y dado por resuelto en su *METAFÍSICA DEL CONOCIMIENTO*. No entraremos aquí en la discusión del tema, en extremo difícil, sino que nos limitaremos a su consideración dentro de la historia de la filosofía.

Con encomiable cautela Hartmann descarta reiteradamente la posibilidad de un criterio absoluto de la verdad y afirma en cambio la existencia de criterios relativos. Si bien el historiador no puede pretender mayor certidumbre que la que permiten las condiciones generales del conocimiento, es posible que por la naturaleza del objeto de su ciencia existan indicios para distinguir la verdad. Enumera entonces los criterios relativos, a los que nos parece más exacto denominar características del pensamiento verdadero, ya que no presentan las notas definidas de un criterio, ni tienen clara expresión conceptual ni rigor suficiente. Son más bien modos empíricos de reconocer la verdad. Aquí aparece, a nuestro juicio, una de las insuficiencias del trabajo. Sabemos que el punto es arduo, pero de un pensador como Hartmann se podía esperar un criterio más válido, que además toda la dirección del trabajo hacía esperar. En este punto tan fundamental el lector se siente defraudado. (Tiene los mismos defectos de vaguedad que las caracterizaciones de Bergson sobre la intuición.)

Comienza haciendo consideraciones generales que son advertencias del conocedor de la historia, conclusiones a que ha llegado luego de la experiencia en el trato con los filósofos.

Conviene recordarlas ya que quien comienza a estudiar filosofía en Hispanoamérica, donde no hay tradición filosófica y donde nos hemos formado bajo la influencia de filosofías estrechamente ligadas a la literatura, puede desorientarse fácilmente: *“En general todo lo que seduce debe ser tenido por sospechoso. La sólida intelección filosófica se anuncia por regla general por una cierta sencillez o al menos por su indiferencia ante exigencias emocionales demasiado humanas”* (pág. 52).

Estas advertencias son oportunas en días en que el existencialismo (en sus derivaciones literarias sobre todo) hace estragos en las mentes aun no formadas filosóficamente.

Hartmann concede gran importancia a la crítica en filosofía y la considera especialmente al tratar los modos de determinar la verdad. Afirma con exactitud que toda crítica parte, al igual que la afirmación filosófica, de una intelección original, de una intuición aun no totalmente desarrollada. El pensamiento crítico advierte una insuficiencia en la solución dada al problema por otro pensador, y aunque no puede afirmar aún, niega, y en este carácter negativo ya se revela la existencia de una intuición. Se entiende que habla de la crítica auténtica, no de la seudocrítica que no ataca al problema en su centro. Uno de los cuidados metodológicos de toda crítica es asegurar bien el objeto a criticar. Hay que evitar “elaborar fantasmas eminentemente favorables a la facilidad de la refutación” como advierte con rigor Brunschvicg. El pensamiento sometido a la prueba de fuego de la crítica demuestra la nobleza de verdad que contiene y puede ser llamado con legítimo título, conocimiento.

Luego se refiere a un criterio que emanaría del mismo proceso histórico, al que concede más importancia que a los anteriores y que no es propiamente un criterio sino un modo automático de separarse la verdad del error, *“el conocimiento y el error se separan por sí mismos dentro del proceso de la historia”* (pág. 56). No creemos que se separen tan fácilmente, por desgracia para la humanidad. Contribuyen grandemente a ello, como el autor lo reconoce, la crítica y la óptica de la distancia histórica. Ésta es precisamente la tarea que incumbe al

historiador de la filosofía y al filósofo: conquistar también la verdad respecto al pasado la que no es “*un fruto maduro que cae en las manos de los epígonos*” (pág. 63).

Decir que lo verdadero es lo que persiste tiene un sentido muy vago porque, como el mismo Hartmann no olvida decir, el error también persiste.

Otro criterio relativo es “*la coincidencia de elementos de pensamiento en las más dispares conexiones, sistemas y épocas*” (pág. 58). Cuando esto sucede se trata de un evidente contacto con el objeto. A menudo la evidencia de este acuerdo está disimulada por los distintos sistemas conceptuales pero la tarea del historiador es buscar más allá de esas diferencias exteriores la coincidencia en el contenido.

EL RELATIVISMO HISTÓRICO

Establecida la posibilidad de criterios para distinguir el conocimiento del error queda aún un cuarto problema por resolver: ¿El criterio para discriminar la verdad no variará con las épocas y los filósofos? Este punto está relacionado con el problema general del conocimiento, pero en este dominio también hay condiciones que facilitan el discernimiento. El historiador aprovecha la experiencia y el trabajo de la crítica, es decir, que los criterios anteriores se van reforzando y entonces el hombre podría adquirir la certidumbre de la verdad. Aquí tocamos el problema infinito del relativismo y sentimos que nunca tendremos una conciencia absoluta de la verdad que de suyo exige lo absoluto. Como el mismo Hartmann lo reconoce, el escepticismo y el relativismo acechan irrefutables e indomables el goce puro de la creencia en la posesión de la verdad y con mirada inextinguible observan nuestra muerte. La relatividad del conocimiento no puede ser descartada, sólo “*se le quiebra la punta*”.

Habría una “aproximación” a la verdad preparada por una “convergencia terminal”. Aquí la tesis vuelve a resen-

tirse, no se logra la evidencia de una *unanimidad en la verdad*. El mismo autor afirma "*que toda historia ha de ser escrita de nuevo*".

A lo largo de la tesis se deslizan varios supuestos tácitos. Uno de ellos es el de que la filosofía es una ciencia (como para Husserl y para Bergson en parte), y de que el pensamiento filosófico es objetivo. Este problema de la naturaleza del conocimiento filosófico no ha sido satisfactoriamente aclarado en la filosofía contemporánea y menos aún con relación a la ciencia. Para Hegel la filosofía era *la* ciencia, mientras que las otras, *las* ciencias, eran sólo pseudociencias. Pero tal vez el saber filosófico no es como el científico, es un saber de otra naturaleza y su autonomía debe ser fundamentada. Y entonces esa coincidencia y ese progreso son ilusorios.

Domina todo el trabajo un creciente optimismo ontológico que él ratifica a través de la historia de la filosofía. Parecería suponer una ortodoxia del ser, demasiado fácil. Y la verdad filosófica es de tal naturaleza que no habrá nunca verificación posible para ella.

T. S. ELIOT

CRIMEN EN LA CATEDRAL

INTERMEDIO

EL ARZOBISPO

(Predica en la Catedral en la mañana de Navidad de 1170.)

“Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.” *Décimocuarto versículo del segundo capítulo del Evangelio según San Lucas.* En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Queridos hijos de Dios, mi sermón, esta mañana de Navidad, será muy corto. Solamente quisiera que meditarais en vuestros corazones el profundo sentido y el misterio de nuestras misas de Navidad. Porque cada vez que se dice Misa, reconstruimos la Pasión y Muerte de Nuestro Señor; y en este día de Navidad lo hacemos en celebración de Su Nacimiento. Así, en el mismo momento, nos regocijamos por Su venida para la salvación del hombre y volvemos a ofrecer a Dios Su Cuerpo y Su Sangre en sacrificio, oblación y desagravio por los pecados del mundo entero. Fué en esta misma noche que acaba de pasar que una multitud de ángeles celestiales apareció ante los pastores de Bethlehem, diciendo: “Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.” Es el único momento del año en que celebramos a la vez el Nacimiento de Nuestro Señor, y su Pasión y Muerte en la cruz. Bienamados, a los ojos del mundo, es ésta una extraña conducta. ¿Porque quién en el mundo se lamentará y se regocijará a la vez y por la misma razón? Porque o la alegría será reprimida por el duelo, o el duelo será expulsado por la alegría; así, sólo en nuestros misterios cristianos podemos regocijarnos y condolernos a la vez por la misma razón. Ahora pensad por un momento en el significado de esta palabra “paz”. ¿Os parece extraño que los ángeles hayan anun-

ciado Paz, cuando sin cesar el mundo ha sido agobiado por la guerra y el miedo a la guerra? ¿Os parece que las voces angélicas estaban equivocadas, y que la promesa era impos-tura y desengaño?

Reflexionad ahora, como Nuestro Señor mismo habló de la Paz. Él dijo a sus Discípulos: "Mi paz os dejo, mi paz os doy". ¿Referíase a la paz como nosotros la pensamos: el Reino de Inglaterra en paz con sus vecinos, los Barones en paz con el Rey, el propietario contando sus pacíficas ganancias, el hogar barrido, sobre la mesa el mejor vino para el amigo, la mujer cantando a los niños? Esos hombres, Sus discípulos, no conocían tales cosas: partían para largos viajes, para sufrir en la tierra y en el mar, para conocer tortura, prisión, desengaño, morir por el martirio. ¿Qué quiso decir, entonces? Si preguntáis esto, recordad entonces que también dijo: "No según la da el mundo os la doy yo". Así pues, Él dió paz a Sus discípulos, pero no la paz que el mundo da.

Considerad también una cosa en la que probablemente no habéis pensado nunca. No sólo celebramos, en la fiesta de Navidad, el Nacimiento de Nuestro Señor y Su Muerte: al día siguiente celebramos el martirio de su primer mártir, el bendito Esteban. ¿Pensáis que sea por accidente que el día del primer mártir siga inmediatamente al día del Nacimiento de Cristo? De ninguna manera. Así como a la vez nos condelemos y regocijamos en el Nacimiento y la Pasión de Nuestro Señor; así, en menor proporción nos regocijamos y condelemos, a la vez, por la muerte de los mártires. Nos condelemos por los pecados mundanales que los han martirizado; nos regocijamos, porque otra alma se cuenta entre los Santos del Cielo por la gloria de Dios y para la salvación de los hombres.

Bienamados, no pensamos en un mártir, simplemente, como en un buen cristiano que ha sido muerto porque es un cristiano; porque eso sería únicamente condolerse. No pensamos en él, simplemente, como en un buen cristiano que ha sido elevado a la compañía de los Santos: porque eso sería, simplemente, regocijarse: y ni nuestro duelo ni nuestro regocijo son

como los del mundo. Un martirio cristiano no es nunca un accidente, porque los Santos no se hacen por accidente. Menos aún es un martirio cristiano el efecto de la voluntad de un hombre de convertirse en Santo, como un hombre por voluntad y esfuerzo puede convertirse en un conductor de hombres. Un martirio es siempre el designio de Dios, por su amor a los hombres, para advertirlos y para guiarlos, para traerlos de nuevo a su camino. No es nunca el designio de un hombre; porque el verdadero mártir es aquel que se ha convertido en instrumento de Dios, aquel que ha perdido su voluntad en la voluntad de Dios, y aquel que no desea más nada para sí mismo, ni siquiera la gloria de ser un mártir. Así como en la tierra la Iglesia se condeue y se regocija a la vez, de un modo que el mundo no puede comprender, así en el Cielo los Santos son muy exaltados, habiéndose rebajado mucho, y son vistos, no como nosotros lo vemos, sino a la luz de la divinidad de la que extraen su ser.

Os he hablado hoy, queridos hijos de Dios, de los mártires del pasado, pidiéndoos que recordéis especialmente a nuestro mártir de Canterbury, el bendito Arzobispo Elfegio; porque es adecuado en el día del Nacimiento de Cristo recordar cuál es esa paz que Él trajo; y porque, queridos hijos, no creo que vuelva a predicaros nunca más; y porque es posible que dentro de poco tengáis otro mártir, y que no sea el último. Quisiera que guardarais en vuestros corazones estas palabras que digo, y que pensarais en ellas en otro momento. En el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

SEGUNDA PARTE

PERSONAJES

Tres sacerdotes.

Cuatro caballeros.

Arzobispo Thomas Becket.

Coro de mujeres de Canterbury.

Servidores.

La primera escena se desarrolla en el Palacio del Arzobispo, la segunda, en la Catedral, el 29 de diciembre de 1170.

CORO

¿Canta el pájaro en el Sur?

Sólo grita la gaviota, arrastrada hacia tierra por la tormenta.

¿Hay señales de la primavera?

Sólo la muerte de los viejos; ni un retoño, ni un brote, ni un soplo.

¿Comienzan los días a alargarse?

Más largos y oscuros los días, más cortas y frías las noches. Sofocante es el aire, e inmóvil: pero al Este un viento se acumula.

El cuervo famélico se posa, atento, en el campo; y en el bosque El buho repasa su lúgubre nota de muerte.

¿Hay señales de una amarga primavera?

El viento acumulado en el Este.

¡Qué! En el tiempo del nacimiento de Nuestro Señor, en Navidades,

¿No hay paz en la tierra ni buena voluntad entre los hombres? La paz de este mundo es siempre insegura, a menos que los hombres guarden la paz de Dios.

Y la guerra entre hombres corrompe este mundo, pero la muerte en el Señor lo renueva.

Y el mundo debe ser limpiado en invierno, o sólo tendremos
Una agria primavera, un verano abrasado, una estéril cosecha.
Entre la Navidad y la Pascua Florida, ¿qué trabajos haremos?
El labrador saldrá por marzo y dará vuelta
La misma tierra que aró antes, las aves cantarán los mismos
cantos.

Cuando las hojas broten en los árboles, cuando el saúco y la
mandrágora

Estallen sobre el río, y el aire sea alto y claro,

Y trinen voces en las ventanas y niños retocen frente a la
puerta,

¿Qué trabajos se harán, qué culpa

Cubrirá el canto del pájaro, cubrirá el verde árbol, qué culpa
Cubrirá la fresca tierra? Nosotros esperamos y el tiempo es
escaso.

Pero la espera es larga.

*[Entra el primer sacerdote precedido por un estandarte de San
Esteban. Los versos cantados van en bastardilla]*

PRIMER SACERDOTE

Desde Navidad, un día: y el día de San Esteban, Primer Mártir.
*Príncipes además deliberaron y atestiguaron falsamente con-
tra mí.*

Un día que fué siempre más querido para el Arzobispo Thomas.

Y él cayó de rodillas y exclamó en alta voz:

Señor, no les imputes este pecado.

Príncipes además deliberaron.

[Se oye el introito de San Esteban]

[Entra el Segundo Sacerdote precedido por un estandarte de San Juan el Apóstol]

SEGUNDO SACERDOTE

Desde San Esteban, un día: y el día de San Juan el Apóstol.
En medio de la congregación abrió su boca.

Lo que fué desde el comienzo, lo que hemos oído,
Lo que hemos visto con nuestros ojos, y nuestras manos han
tocado

De la palabra de vida; lo que hemos visto y oído

Atestiguamos ante vosotros.

En medio de la congregación.

[Se oye el introito de San Juan]

[Entra el Tercer Sacerdote precedido por un estandarte de los Santos Inocentes]

TERCER SACERDOTE

Desde San Juan el Apóstol, un día: y el día de los Santos Inocentes.

De la boca de los recién nacidos, oh Dios.

Como la voz de muchas aguas, de truenos, de arpas,
Cantaban como si fuera un nuevo canto.

La sangre de Tus santos han derramado como agua,

Y no hubo hombre que los enterrara. Venga, oh Señor,

La sangre de Tus santos. En Rama, una voz oída, plañendo.

Desde la voz de los recién nacidos, ¡oh Dios!

[Los Sacerdotes se agrupan con los estandartes detrás de ellos]

PRIMER SACERDOTE

Desde los Santos Inocentes, un día: y el cuarto día desde Navidad.

LOS TRES SACERDOTE

Regocijémonos todos, guardando el Santo Día.

PRIMER SACERDOTE

Tanto por el pueblo, como por sí mismo, se ofrenda por los pecados.

Da su vida por el rebaño.

LOS TRES SACERDOTE

Regocijémonos todos, guardando el Santo Día.

PRIMER SACERDOTE

¿Hoy?

SEGUNDO SACERDOTE

¿Hoy, qué significa hoy? El día casi ha pasado.

PRIMER SACERDOTE

¿Hoy, qué significa hoy? Sino otro día, el crepúsculo del año.

SEGUNDO SACERDOTE

¿Hoy, qué significa hoy? Otra noche y otra aurora.

TERCER SACERDOTE

¿Qué día es el día que sabemos, que esperamos o tenemos?
Cada día es el día que debíamos temer o esperar. Un momento
Pesa tanto como otro. Sólo retrospectivamente, eligiendo,
Decimos: ese fué el día. El momento crítico
Que está siempre ahora, y aquí. Aún ahora,
En circunstancias sórdidas, el eterno designio puede aparecer.

[Entran los Cuatro Caballeros. Los estandartes desaparecen]

PRIMER CABALLERO

Servidores del Rey.

PRIMER SACERDOTE

Y conocidos nuestros.
Sóis bienvenidos. ¿Cabalgasteis mucho?

PRIMER CABALLERO

No mucho, por hoy, mas negocios urgentes
Nos trajeron de Francia. Hemos corrido duro,
Ayer nos embarcamos y arribamos anoche,
Para arreglar asuntos con el Arzobispo.

SEGUNDO CABALLERO

Asuntos urgentes.

TERCER CABALLERO

De parte del Rey.

SEGUNDO CABALLERO

Por orden del Rey.

PRIMER CABALLERO

Afuera esperan nuestros hombres.

PRIMER SACERDOTE

Ya conocéis la hospitalidad del buen Arzobispo.
Estamos por sentarnos a cenar.
El Arzobispo se molestaría
Si no os agasajáramos en forma
Antes de discutir vuestros asuntos.
Compartid, por favor, nuestra comida.
Vuestros hombres, después, serán servidos.
Cenar antes y discutir después. ¿Os gusta el puerco asado?

PRIMER CABALLERO

Discutir antes y cenar después.
Asaremos primero vuestro puerco,
Después lo cenaremos.

SEGUNDO CABALLERO

Debemos ver al Arzobispo.

TERCER CABALLERO

Id a decir al Arzobispo
Que no necesitamos su hospitalidad.
Encontraremos nuestra propia cena.

PRIMER SACERDOTE (*a un sirviente*)

Id a decirlo a Su Señoría.

CUARTO CABALLERO

¿Cuánto tiempo nos tendréis esperando aún?

[Entra Thomas]

THOMAS

Por más segura que sea nuestra expectación
El momento previsto, cuando llega,
Nos puede parecer inesperado. Este nos encuentra
Absortos en asuntos de otra urgencia.
En mi mesa hallaréis
Los papeles en orden y los documentos firmados.

[A los Caballeros]

Sois bienvenidos, cualesquiera sean vuestros negocios.
¿Decís que de parte del Rey?

PRIMER CABALLERO

Con toda seguridad de parte del Rey.
Debemos hablaros a solas.

THOMAS *(a los Sacerdotes)*

Dejadnos solos, entonces.

Y bien, ¿qué pasa?

PRIMER CABALLERO

Esto es lo que pasa.

LOS TRES CABALLEROS

Tú eres el Arzobispo sublevado contra el Rey; en rebelión
contra el Rey y la ley del país;
Tú eres el Arzobispo que fué hecho por el Rey; colocado en tu
sitio a cumplir sus designios.
Tú eres su siervo, su mozo, su brazo,
Tú luciste en tu espalda sus regalos,

Tú recibiste honores de su mano; de él tuviste el anillo, el sello, el poder.
 Este es el hombre que era el hijo del mercader: el rapaz de trastienda nacido en Cheapside;
 Esta es la criatura que trepara hasta el Rey; henchida de orgullo y henchida de sangre.
 Arrastrándose en el cieno de Londres,
 Trepano cual piojo en sus ropas,
 El hombre que engañó, estafó, mintió; violó su juramento y traicionó a su Rey.

THOMAS

Eso no es verdad.
 Antes de recibir el anillo, y después,
 He sido un leal súbdito del Rey.
 Salvo mi orden estoy a su servicio
 Como el más fiel vasallo en el país.

PRIMER CABALLERO

¡Salvo tu orden! —Que tu orden te salve—
 Como no me parece que lo haga.
 Tal vez quieres decir: salvo tu ambición,
 Salvo tu orgullo, tu envidia y tu rencor.

SEGUNDO CABALLERO

Salvo tu codicia y tu insolencia.
 ¿No nos pides que roguemos a Dios por ti en este trance?

TERCER CABALLERO

Sí. ¡Rogaremos por ti!

PRIMER CABALLERO

Sí. ¡Rogaremos por ti!

LOS TRES CABALLEROS

Sí. ¡Rogaremos que Dios vele por ti!

THOMAS

Pero decid, señores,
Esos asuntos que dijísteis urgentes,
¿Eran sólo blasfemias y regaños?

PRIMER CABALLERO

Eso era solamente nuestra ira
De súbditos leales.

THOMAS

¿Leales? ¿A quién?

PRIMER CABALLERO

¡Al Rey!

SEGUNDO CABALLERO

¡Al Rey!

TERCER CABALLERO

¡Al Rey!

LOS TRES CABALLEROS

¡Dios le guarde!

THOMAS

Sea, entonces, vuestro nuevo manto
De lealtad, usado con cuidado
Y así no sea manchado o rasgado.
¿Tenéis algo que decir?

PRIMER CABALLERO

Por orden del Rey.

¿Lo diremos ahora?

SEGUNDO CABALLERO

Sin demora.

Antes de que se escape el zorro viejo.

THOMAS

Lo que vosotros tengáis que decirme
Por orden del Rey —si es por orden del Rey—
Debe ser dicho en público. Si hacéis cargos,
Públicamente los refutaré.

PRIMER CABALLERO

¡No! ¡Aquí y ahora!

*[Van a atacarlo, pero los Sacerdotes y sirvientes vuelven y,
tranquilamente, se interponen]*

THOMAS

¡Ahora y aquí!

PRIMER CABALLERO

De tus primeras fechorías no voy a hacer mención.
Son demasiado conocidas. Pero una vez la discusión
Terminada, en Francia, e invistiendo
Tus anteriores privilegios, cómo mostraste tu gratitud?
Huíste de Inglaterra, no exilado
O amenazado, fíjate; sino con la esperanza
De envolver en disturbios los dominios franceses.
Sembraste las disputas en el extranjero,

Denigraste al Rey frente al Rey de Francia
Y frente al Papa, alzando contra él
Falsas opiniones.

SEGUNDO CABALLERO

No obstante el Rey, movido por piedad,
Urgido por quienes te guardaban amistad,
Ofreció clemencia, hizo un pacto de paz,
Y una vez las disputas concluídas
Te devolvió a tu Sede, como tú lo pedías.

TERCER CABALLERO

Y, enterrando el recuerdo de tus transgresiones,
Restauró tus honores y tus posesiones.
Fué otorgado todo lo que demandabas:
¿Cómo, lo repito, fué tu gratitud probada?

PRIMER CABALLERO

Suspendiendo a aquellos que habían coronado al joven príncipe,
Negando la legalidad de su coronación.

SEGUNDO CABALLERO

Atando con las cadenas del anatema.

TERCER CABALLERO

Usando todos los medios en tu poder para atraer
A los fieles servidores del Rey, a cada uno de los que cuidan
De sus asuntos en su ausencia, de los asuntos de la nación.

PRIMER CABALLERO

Tales son los hechos.
Dí, por consigüentes, si estarás contento
De comparecer ante el Rey. Por eso fuimos enviados.

THOMAS

Nunca pretendí
Destronar al hijo del Rey o disminuir
Su honor y su poder. ¿Por qué habría él de insistir
En privar a mi pueblo de mí, en separarme de mi gente
Y ordenarme quedar solo en Canterbury?
Yo desearía tres coronas y no una, para él,
Y, en lo que a los obispos se refiere, tampoco es mi yugo
El que pesa sobre ellos. Ni está en mí derogar.
Que reclamen al Papa. Él los ha condenado.

PRIMER CABALLERO

Por tu intermedio fueron suspendidos.

SEGUNDO CABALLERO

Sean por tu intermedio restablecidos.

TERCER CABALLERO

Absuélvelos.

PRIMER CABALLERO

Absuélvelos.

THOMAS

No negaré
Que fué hecho por mi intermedio. Pero no seré yo
Quien pueda desatar lo que el Papa ató.
Que reclamen a él, sobre quien redundan
Su desprecio hacia mí, el desprecio ostentoso mostrado hacia
la Iglesia.

PRIMER CABALLERO

Sea como fuere, la orden del Rey es ésta:
Que tú y tus servidores dejen esta tierra.

THOMAS

Si esa es la orden del Rey, tendré el descaro
De decir: durante siete años mi pueblo estuvo
Sin mi presencia; siete años de miseria y tormento.
Siete años mendigando la caridad ajena,
Siete años, y no es poco, me demoré en tierra extranjera,
otras tierras.

No lograré recuperar esos siete años de nuevo.
Nunca más, no debéis abrigar ninguna duda,
Correrá el mar entre el pastor y su rebaño.

PRIMER CABALLERO

La justicia del Rey, la real majestad,
Es insultada por tu crasa indignidad;
Lunático insolente que nada disuade
De infamar a sus servidores y ministros.

THOMAS

No soy yo quien insultó al Rey,
Y hay alguien más alto que yo o el Rey.
No soy yo, Becket de Cheapside,
No es contra mí, Becket, que lucháis.
No es Becket quien pronuncia maldición,
Sino la Ley de la Iglesia de Cristo, el juicio de Roma.

PRIMER CABALLERO

Sacerdote, has hablado arriesgando tu vida.

SEGUNDO CABALLERO

Sacerdote, has hablado despreciando el cuchillo.

TERCER CABALLERO

Sacerdote, has hablado felonía y traición.

LOS TRES CABALLEROS

¡Sacerdote! Traidor, confirmado en fechorías.

THOMAS

Yo someto mi causa al juicio de Roma.
Pero si me matáis, me alzaré de mi tumba
A someter mi causa ante el trono de Dios.

CUARTO CABALLERO

¡Sacerdotes! ¡Monjes! ¡Y sirvientes! Prended, agarrad, detened,
Apresad a ese hombre, en nombre del Rey.

PRIMER CABALLERO

O responderéis con vuestros cuerpos.

SEGUNDO CABALLERO

Basta de palabras.

LOS TRES CABALLEROS

Venimos por la justicia del Rey, venimos con espadas.

[Salen]

Esta traducción, que concluye el próximo número, ha sido preparada para el Teatro del Pueblo de Montevideo por I. Vilarino y E. Rodríguez Monegal. Se ha utilizado la edición inglesa publicada en 1948 por Faber and Faber, London.

NOTAS

SURREALISMO Y LOCURA

Antonin Artaud. Las "Lettres de Rodez"

Cuando en enero de 1947, en el N° 57 de *Fontaine*, apareció la "Histoire entre la groume et dieu" de Antonin Artaud, la conciencia pública se sintió escandalizada, la moral colectiva vejada, la religión ultrajada. Muchos lectores hicieron saber a la dirección de dicha revista que no renovarían su suscripción, enviando cartas que, en algunos casos, no tenían nada que envidiar al texto de Artaud, en lo que a "malas" palabras se refiere. Un país protestó por vía diplomática; los periódicos moralizaron al respecto. Todo ello no hizo más que dar la razón al pobre recluso de Rodez.

Allí estaba la sociedad tratando de acallar, estigmatizando, sofocando a quienes, como él, preferían volverse locos, *en el sentido que tiene eso socialmente, a traicionar una cierta idea superior del honor humano*. Esta es una de las ideas, alguien podría decir obsesiones de Artaud. La sociedad tarada, vive colmada de *estupro, de anarquía, de desorden, de desarreglo, de locura crónica, de inercia burguesa, de anomalía física y la conciencia enferma tiene un interés capital, en estos momentos, en no salir de su enfermedad*. Encierra entonces en sus asilos a esos peligrosos de quienes tiene que defenderse, y los pocos lúcidos de la tierra son víctimas de una especie de magia cívica que les chupa su energía y los aplasta. La hipocresía defensiva, el general desprecio *pour tout ce qui montre race*, la prevención o el terror por las revelaciones que podrían hacer ciertos hombres, anadaron a Baudelaire, Poe, Nerval, Nietzsche, Kierkegard, Hölderlin, Coleridge, Van Gogh; ahogaron vez a vez a aquellos cuyas ideas daban miedo, inventaron la psiquiatría, el psiquiatra, que es la encarnación del odio que siente la turba por la genialidad.

Eran de una consecuencia deslumbrante los caminos que esperaban a Artaud. Él lo supo claramente: *que en este mundo de mercado negro que hace matar trece millones de hombres para conservarse en buena salud, yo, que no lo he aceptado jamás, no puedo vivir sin estar enfermo (y me importa un bledo)*. No podía ser de otro modo. Él ha sido, de los surrealistas, el que ha vivido más sobrenaturalmente, en estado de trance, validando en sí ese limo que ha sido desecado por las religiones y sus ritos, *hace siete eternidades, servidos por todos los burgueses y todos los cobardes de la tierra y*

de la vida. Esa no es una razón, como dice a propósito de otra, para hacerme pasar por loco y adormecerme por el electro-choc para hacerme perder la memoria medular de mi energía.

Aparte de aquellos que poseen en mayor o menor grado esa alma, *ese cuerpo del alma*, y que la sociedad reduce como *alienados*, están los hombres que sienten ese vacío, esa realidad sustraída a la vida, y, que, como lo que más se parece a esa alma perdida es el opio, es el agar-agar, buscan las drogas, *su surrealismo secreto*. Estas son, a su vez, sustraídas por verdaderos *ejércitos de policías, de médicos, de enfermeros y de religiosas*, para impedir a los hombres *volver a esa vieja noción pregenital del ser* que las religiones escamotearon. El alcohol, en cambio, que seca esas fuentes, a pesar del delirio tremens, la histeria y la epilepsia que lo siguen, se consiente. (No sé si es así, pero es curioso ver cómo coincide con De Quincey, quien se asombra de la preferencia de que goza el alcohol que en cantidades equivalentes sería más pernicioso en sus efectos y consecuencias que el opio.)

Esta reivindicación del opio y de la locura por sus virtudes surrealistas no tiene nada que ver con la literatura. Como siempre que se trata de Artaud, estamos en el plano de un surrealismo extraliterario, en el de una vida vivida sobrerrealmente, que llevó a Antonin Artaud al Asilo de Rodez, donde pasó nueve años y desde donde escribió las tremendas extraordinarias cartas a M. Parisot, publicadas el año pasado con el nombre de "Cartas de Rodez". (1).

Aparece evidente la injusticia de los cargos que le hacían los surrealistas cuando, en 1927, lo expulsaban del movimiento en nombre del odio a la literatura: "Es divertido, decían, comprobar que este enemigo de la literatura y de las artes no ha sabido intervenir más que en las ocasiones que importaban a sus intereses literarios, que su elección ha recaído siempre sobre los objetos más irrisorios donde no estaba en juego nada esencial al espíritu ni a la vida. Hoy hemos vomitado a ese canalla. No vemos por qué esta carroña tardaría más en convertirse, o, como sin duda ella diría, en declararse cristiana". Fué evidente la injusticia. Pero hubo, además, otras diferencias entre Artaud y el grupo. Él supo ver en los intentos de meterse en la acción de los surrealistas, en sus acercamientos a los marxistas, nada más que veleidades frustradas por una impotencia radical. En cuanto a él, estaba separado por su idealismo (*No creo más en las cosas que en dios*), por su irreductible individualismo (*Sé que en el debate actual tengo conmigo a todos los hombres libres, a todos los revolucionarios que piensan que la libertad individual es un bien superior al de no importa qué conquista obtenida en un plan*

(1) París, G. L. M.

relativo), estaba separado, también, por su asco por ese mundo íntegramente aburguesado, con todos los ronroneos verbales de los soviets, de la anarquía, del comunismo, del socialismo, del radicalismo, de las repúblicas, de las monarquías, de las iglesias, de los ritos, de los racionamientos, del mercado negro, de la resistencia. Ese mundo todos los días se sobrevive, mientras que otra cosa está pasando y que todos los días, también, el alma es llamada a nacer y a ser por fin.

Fueron sus capacidades e incapacidades, su capacidad de surrealizarse, como dice Cortázar, ⁽¹⁾ y su incapacidad de adaptarse a este mundo, su capacidad de moderación y clarividencia y su incapacidad de hacer lógico hasta el fin su delirio, todas en mayor grado que en los demás hombres, las que lo llevaron a Rodez, las que marcaron su pobre vida. Tal vez su magnífica vida, ya que la vida *no es ese hastío destilado donde se hace macerar nuestra alma desde hace siete eternidades, no es ese torno infernal donde se enmohecen las conciencias, y que tiene necesidad de música, de poesía, de teatro y de amor para estallar de tiempo en tiempo, pero tan poco que ni vale la pena hablar de ello;* ya que, como afirma en su VAN GOGH, *es la lógica anatómica del hombre moderno no haber podido jamás vivir, ni pensado vivir más que en poseso.*

IDEA VILARIÑO.

CARTA A HENRI PARISOT

Rodez, 22 de setiembre de 1945.

Mi querido amigo:

No he hecho la traducción de Jabberwocky. He tratado de traducir un fragmento pero me he aburrido. Nunca me ha gustado ese poema que me ha parecido siempre de un infantilismo afectado; me gustan los poemas salidos y no los lenguajes buscados. Quiero, cuando escribo o leo, sentir blandir mi alma como en la Carroña, el Martirio o el Viaje a Cítarea de Baudelaire. No me gustan los poemas o los lenguajes de superficie y que respiran ocios dichosos y hallazgos del intelecto, aunque éste se apoyara sobre el ano, pero sin poner alma o corazón. El ano es siempre terror, y no admito que se pierda un excremento sin desagarrarse de perder también su alma, y no hay alma en Jabberwocky. Todo lo que no es un tétano del alma o no viene de un tétano del alma como los poemas de

(1) Sur, Nº 163. Muerte de Antonin Artaud.

Baudelaire o de Edgar Poe no es verdadero y no puede ser recibido en la poesía. Jabberwocky es la obra de un castrado, de una especie de mestizo híbrido que ha triturado conciencia para hacer salir escritura, allí donde Baudelaire hacía salir escaras de afasia o de paraplejía y Edgar Poe mucosas ácidas como ácido prúsico, ácido de alcoholia, y eso hasta el envenenamiento y la locura. Porque si Edgar Poe ha sido encontrado muerto una mañana al borde de una acera en Baltimore, no fué en una crisis de delirio tremens debida al alcohol, sino porque algunos cochinos que odiaban su genio y no querían su poesía lo envenenaron para impedirle vivir y manifestar el insólito, horrible dictamen que se manifiesta en sus versos. Uno puede inventar su lengua y hacer hablar la lengua pura con un sentido extragramatical pero es necesario que ese sentido sea válido en sí, es decir que venga de trance —trance esta vieja sierva para todo trabajo, ese sexo de picota enterrado que saca sus gusanos de su enfermedad: el ser, y no soporta que se le olvide. Jabberwocky es la obra de un aprovechador que ha querido intelectualmente alimentarse, él, harto de una comida bien servida, alimentarse del dolor de los otros. Y eso no se ha visto jamás en su poema y nadie lo ha dicho jamás. Pero yo lo digo porque lo he sentido. Cuando uno ahonda en la caca del ser y su lenguaje, es necesario que el poema huelga mal, y Jabberwocky es un poema cuyo autor se ha guardado muy bien de mantener en el ser uterino del sufrimiento donde todo gran poeta ha calado y donde, dándose a luz, huele mal. Hay en Jabberwocky pasajes de fecalidad, pero es la fecalidad de un snob inglés que riza en sí lo obsceno como rulitos hechos con el hierro caliente, como una especie de gustador de lo obsceno que ya se cuidaría muy bien de ser obsceno como Baudelaire en su afasia final o como Edgar Poe sobre su sumidero la mañana en que fué encontrado muerto de una apoplejía de ácido prúsico o de cianuro de potasio. Jabberwocky es la obra de un cobarde que no ha querido sufrir su obra antes de escribirla, y eso se ve. Es la obra de un hombre que comía bien, y eso se siente en su texto. Me gustan los poemas de los hambrientos, de los enfermos, de los parias, de los envenenados: François Villon, Charles Baudelaire, Edgar Poe, Gérard de Nerval, y los poemas de los condenados del lenguaje que van en pérdida en sus escritos, y no de los que se afectan perdidos para ostentar su conciencia y su ciencia de la pérdida y del escrito. Los perdidos no lo saben, balan o braman de dolor y de horror. Abandonar el lenguaje y sus leyes para retorcerlos y desnudar la carne sexual de la glotis de donde salen las acritudes seminales del alma y las quejas del inconciente está muy bien, pero a condición de que el sexo se sienta como un orgasmo de rebelde, perdido, desnudo, uterino, mísero también, ingenuo, asombrado ser condenado, y que ese trabajo no aparezca como el acierto de una falla donde el estilo

hiede en cada ángulo de sus discordancias los relentes de un espíritu harto, porque el hombre se ha hartado bien, aun mismo cuando su falla como en Jabberwocky es provocada como un alimento alicianante de más. Me gustan los poemas que hieden la escasez y no las comidas bien preparadas. Y tengo algo más contra Jabberwocky. Ello es que yo había tenido desde hace muchos años una idea de la con-sunción, de la consumación interna de la lengua, por exhumación de yo no sé qué tórpidas y crapulosas necesidades. Y yo he, en 1934, escrito todo un libro en ese sentido, en una lengua que no era el francés, pero que todo el mundo podía leer, aunque perteneciera a cualquier nacionalidad. Desgraciadamente ese libro ha sido perdido. Han sido impresos muy pocos ejemplares, pero influencias abominables de personas de la administración, de la iglesia, o de la policía se han interpuesto para hacerlo desaparecer, y no ha quedado más que un ejemplar que no tengo pero que ha quedado entre las manos de una de mis hijas: Catherine Chilé. Ésta era enfermera en 1934 en el hospital de Saint Jacques, donde preparaba su diploma de médico. Sin cesar la veo alrededor de mí y sé que ella hace en este momento lo imposible por llegar a Rodez, pero no sé exactamente dónde está, quiero decir dónde se encuentra en ese viaje hacia mí. No creo que todo esto pueda parecer a Vd. novela ahora que ha visto las hordas de espíritus asesinos que se arremolinan alrededor de mí para impedirme trabajar, y de Vd., para impedirle ser.

Le pido que publique esta carta que Andrés Breton habría publicado seguramente con alegría, hace veinticinco años, en la Révolution Surréaliste. Hoy no hará siquiera escándalo, pero hartos encantamientos hay flotando por el aire a través de todas las conciencias para insinuar que sus ideas son débiles y que se necesita un crítico de muy otro calado para alcanzar a Jabberwocky. Pero estoy seguro de que un lector de mis obras póstumas (¡piense un poco!) dentro de algunos años la comprenderá —pues se precisa el retroceso del tiempo o de las bombas para juzgar de la situación como conviene.

Habiendo escrito un libro como Letura d'Ephrai Talli Tetr Fendi Photia O Fotre Indi, no puedo soportar que la sociedad actual *que Ud. no deja de sufrir como yo*, no me deje más latitud que traducir otro hecho a su imitación. Pues Jabberwocky no es más que un plagio purificado y sin acento de una obra escrita por mí y que se ha hecho desaparecer de tal suerte que yo mismo sé apenas lo que hay dentro.

He aquí algunos ensayos de lenguaje a los que el lenguaje de ese libro antiguo se debía parecer. Pero no se los puede leer más que escandidos, con un ritmo que el lector mismo debe encontrar para comprender y para pensar:

ratara ratara ratara
atara tatara rana

otara otara katara
otara ratara kana

ortura ortura konara
kokona kokona koma

kurbura kurbura kurbura
kurbata kurbata keyna

pesti anti pestantum putara
pest anti pestantum putra

pero eso no es válido más que salido de un golpe; buscado sílaba a sílaba ya no vale nada; escrito aquí eso no vale nada y no es más que ceniza; para que pueda vivir escrito se necesita otro elemento que está en ese libro que se ha perdido.

Los próximos acontecimientos pondrán todo esto en su punto.

Antonin Artaud.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA Y LA CULTURA HISPANO-AMERICANA

Quizá algún día sea lugar común afirmar que una de las más vivas utopías de esta América hispánica en el siglo xx consistió en proclamar la originalidad de su cultura. Quizá algún día se señale todo lo que esa actitud contiene de error, de limitaciones, de ilusión tenazmente alimentada. Este no es el momento de hacerlo. Hoy parece ineludible para todo el que piense desde nuestra América —como la nombró para siempre Martí— afirmar su realidad cultural. Ello no significa, es claro, sostener que la cultura hispanoamericana es un hecho acabado; ni significa, tampoco, defender ciegamente una autonomía que no existe ni puede existir. Significa, eso sí, advertir que es posible postular ya la unidad de una cultura que en siglo y medio de existencia independiente ha logrado expresiones propias de indudable jerarquía.

En muchas ocasiones han sido señaladas aquellas circunstancias históricas en las que apoya la América hispánica su unidad cultural. Una de las exposiciones más lúcidas de estos últimos años es la del sociólogo Roger Caillois quien ha indicado estas cinco:

A) *En América (dice), cualesquiera que sean las diferencias entre las civilizaciones originarias o las actuales condiciones de existencia, materiales y espirituales, no hay duda que, HISTÓRICAMENTE, el hemisferio recibió de golpe los cuatro elementos que forman la tradición europea (1); los heredó, además, como mezcla homogénea, en tanto que esa mezcla no fué nunca tan igual y fundida en Europa, porque a veces determinado elemento, más acentuado en un país, faltaba en otro.*

B) *Las colonias americanas (...) se hicieron independientes, y su liberación, es decir, la toma de conciencia y la autonomía de estos países, fué verdaderamente un fenómeno americano continental, en el pleno sentido de la palabra, en tanto que en Europa las naciones llegaron al estado nacional al cabo de muchos siglos.*

C) *Un tercer carácter parece igualmente determinar para América una vida supernacional que no existe en Europa (...): la fiesta en que se conmemora el descubrimiento de América. Esta solemnidad, verdadera fiesta americana, me hace lamentar vivamente que en Europa no exista una fiesta europea.*

D) *Esta solidaridad se encuentra reforzada por el estado lingüístico: en Europa, los idiomas coinciden más o menos con las naciones. El idioma es, por tanto, un principio de nacionalidad. En América hay muchos menos idiomas que Estados. El idioma, pues, no es un elemento de incomprensión o de separación.*

E) *América fué poblada por emigrados (...). Los emigrados, por definición, son —en el sentido propio del término— aventureros que lo dejaron todo tras sí, hasta su patria, de modo que en América la idea de nación se encuentra por completo desprendida de todo carácter tradicional y hereditario.*

Es claro que los términos de esta interpretación pueden discutirse —y de hecho han sido debatidos (2)—. Pero cualquier recti-

(1) Estos cuatro elementos a que alude Caillois son: A) La civilización griega. B) La civilización romana. C) La civilización cristiana. D) La noción del honor, que es herencia de los bárbaros. Los tres primeros habían sido señalados ya por Paul Valéry. El cuarto lo agrega Caillois.

(2) La exposición de Caillois, y el debate subsiguiente, aparecen registrados en las páginas 83-103 del Nº 86 de la revista Sur: ¿Tienen las Américas una historia común? (Buenos Aires, noviembre de 1941). P.H.U., que intervino en la discusión, apoyó a Caillois señalando como otra circunstancia capital cómo ciertos fenómenos sociales y políticos ocurren en la América latina con una identidad cronológica sorprendente. Esta posición afirmativa fué atemperada por Germán Arciniegas y totalmente negada por Carlos Cossio quien aportó como testimonio las palabras de Edmundo O'Gorman: "... no hay más unión fundamental en América que la que se deriva de una cultura común con Europa y que dimana de unos cuantos principios esenciales". No debe olvidarse que este debate fué realizado hace unos ocho años: el 13 de octubre de 1941, para ser precisos. Desde entonces la realidad de una cultura hispanoamericana parece haberse acentuado por un mejor conocimiento recíproco, por una conciencia más vigilante de sus problemas.

ficación o ajuste de su enfoque, cualquier cambio de acento en la conclusión, no afecta la verdad esencial de su contenido. Y hasta aquellos que (como Germán Arciniegas) consideran la cultura en términos no exclusivamente intelectuales y prefieren proyectar hacia el futuro la esperanza de una cultura americana integral, no dejan de subrayar —y en los términos más entusiásticos a veces— la realidad cada día creciente de esa cultura. (3)

Uno de los que más lucharon para convertir en vivencias colectivas estos problemas, fué don Pedro Henríquez Ureña (1884-1946). En casi medio siglo de ininterrumpida labor, este ilustre dominicano dedicó sus mejores esfuerzos de humanista a examinarlos, a difundirlos y —si era necesario— a crearlos. Toda su obra está orientada en ese sentido. Lo declara sutilmente el título de uno de sus mejores libros: *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928). Lo certifican esas dos luminosas síntesis que cosechan el fruto de los últimos años de su vida: *Las corrientes literarias en la América hispánica* (1945) y la *Historia de la cultura en la América hispánica* (1947). Y esa *Biblioteca Americana*, cuyo desarrollo orgánico proyectara antes de su muerte y que se publica en memoria suya: ambicioso, generoso intento de abarcar todo lo que América ha producido intelectualmente desde sus orígenes precolombinos hasta las obras de nuestros mayores. (4)

La imagen de P. H. U. que estos trabajos comunican parece bastante distinta a la que sus otras publicaciones proponían. Antes de 1945 se presenta como un extraordinario erudito, igualmente versado en *La versificación irregular en la poesía castellana* como en los an-

(3) Una vez que los problemas, que las cosas de América, ha dicho Arciniegas, se van conociendo, son algo tan impresionante, todo es de naturaleza tan avasalladora, de una calidad tan extraordinariamente rica, que fatalmente el hombre tiene que inclinarse ante esa realidad portentosa. Y de ahí nace la cultura, sin que el hombre se lo proponga. (V. ob. cit., pág. 102.)

(4) En el año académico de 1940-41, P. H. U. dictó, en inglés y en la cátedra Charles Eliot Norton de la Universidad de Harvard, una serie de ocho conferencias sobre literatura hispanoamericana. Después de dos años y medio de elaboración las publicó, en inglés también, bajo el título de *Literary Currents in Hispanic America* (Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1946). Este libro tuvo poca circulación en nuestras tierras. Ahora ha sido cuidadosamente vertido al castellano por Joaquín Díez-Canedo y publicado en México por Fondo de Cultura Económica. La misma editorial dió a conocer en 1947 la *Historia de la cultura en la América hispánica*, síntesis y ampliación de la obra precedente. La *Biblioteca Americana*, cuyo plan y catálogo presentara en un folleto Camila Henríquez Ureña, ha publicado hasta la fecha diez títulos, todos bajo el sello editorial del F. C. E. y homogéneos en la pureza de sus textos, en la erudición de sus notas críticas, en la sobriedad de su presentación material.

tedentes daneses de *Hamlet*; en *Las letras coloniales en Santo Domingo* como en el sentimiento de las flores en la poesía de Rioja. Sus obras testimonian una erudición que Ezequiel Martínez Estrada caracterizó con estas claras palabras: *Sabía muchas cosas de meditar y de contar, todas nobles y verídicas, recolectadas en los lugares más altos y casi inaccesibles de la sabiduría, pero sobre todo las sabía bien*; (5) una erudición, minuciosa y delicada, que al desplegarse en la bibliografía relevada por Julio Caillet-Bois abarca un panorama continental. (6) Pero una erudición que revelaba (que parecía revelar) una mentalidad preocupada por el detalle menudo, por la investigación filológica o histórica más especializada.

Es claro que si se estudia bien cualquiera de sus trabajos de menuda erudición —y no hay texto de P. H. U. que no exija ser leído con devota atención— se advierte pronto que el escrupuloso conocimiento del detalle va acompañado del también escrupuloso conocimiento del conjunto en que se inscribe, significativamente, ese detalle, de tal modo que podría afirmarse (explotando una metáfora tradicional) que la mentalidad de P. H. U. estaba capacitada para describir el árbol sin dejar por eso de captar todo el bosque.

Toda esta labor —ahora resulta claro— era preparatoria. Preparatoria no en particular de estas síntesis finales —como la labor que realiza un investigador al acumular sin pausa fichas para un trabajo determinado—; sino, principalmente, preparatoria del enfoque lúcido y totalizador de América que logró P. H. U. Un enfoque que no pierde la nitidez aunque el panorama abarcado sea inmenso y se dilate sobre un continente que se desplaza a lo largo de cinco siglos. Es la calidad inusual de este enfoque lo que debe subrayarse ante todo. Porque P. H. U. veía claro y veía bien.

Esta minuciosidad, esta agudeza para la percepción de cada elemento, comparable a la de los pintores flamencos de interiores, puede despistar al lector especializado, haciéndole creer que P. H. U. intenta competir con la enciclopedia y que sus obras, en las que hay tanto menudo y sabroso detalle, tanta pista para el estudioso, pretenden vanamente agotar sus temas. Y desde ese punto de vista un sociólogo le reprochará no haber ahondado más (por ejemplo) en el complejo problema de la mezcla de razas en el Brasil; mientras que un musicólogo le censurará (por ejemplo) no haber discernido con

(5) V. Homenaje a Pedro Henríquez Ureña, en el Nº 141 de Sur (Buenos Aires, julio de 1946).

(6) Esta bibliografía puede verse en la *Revista de Filología Hispánica*, Buenos Aires, 1946, año VIII, págs. 196-210, y, ampliada, en *Letras*, Buenos Aires, 1946, año I, Nº 4, págs. 79-102. (Una observación: ninguna de ambas publicaciones registra donde corresponde el volumen *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, Editorial Babel, s. a. [1928], aunque lo mencionan ocasionalmente.)

suficiente claridad la naturaleza del aporte negro a la música americana; y algún uruguayo le reprochará (por ejemplo) su injusticia al no conceder a Eduardo Acevedo Díaz más espacio en su reseña de la novela realista. Pero hay que reconocer que todos estos reparos —aunque justos en sí— están desenfocados. Porque P. H. U. era un hombre demasiado consciente de lo que es una especialidad y demasiado especialista a su vez en filología y lingüística para no saber a lo que se exponía con síntesis tan radicales. Pero prefirió incurrir en omisiones ocasionales para no perder la visión del conjunto; para poder, en fin, acentuar la unidad de la cultura americana, la unidad de nuestra literatura; para convertir ambas obras en lo que son sin disputa: un instrumento indispensable de trabajo.

Uno de los aportes más felices de estos dos libros consiste en iluminar vivamente las conexiones entre las corrientes literarias y las obras a lo largo de cinco siglos de historia cultural hispanoamericana. De su estudio se desprende, confirmada hasta en las menudas circunstancias, esa *identidad cronológica sorprendente* de la que hablaba ya el crítico. Y al vincular libros y personalidades que se consideran generalmente por separado, se gana una mejor perspectiva y se afina la valoración de cada individualidad. Así, por ejemplo, resulta más evidente la importancia continental de *Tabaré*, al ser inscripto en un ciclo de literatura de culto al indígena, en el que sobresalen, pero sin igualarlo, *Cumandá* de Juan León Mera, *Enriquillo* de Manuel de Jesús Galván y las *Fantasías indígenas* de José Joaquín Pérez. Así, también, resulta mejor iluminado todo el Modernismo si se deslindan, como P. H. U. propone, las sucesivas generaciones con las que enriquece su fisonomía —desde la de González Prada y Zorrilla de San Martín, que marca la transición con el romanticismo, hasta la de Herrera y Reissig y Amado Nervo, con la que se señala el pasaje a formas más nuevas—. No en balde P. H. U. insistía siempre en la necesidad de establecer tablas de valores hispanoamericanos. Esas tablas, finamente trazadas por él, sustentan la estructura de sus obras.

También nos hace percibir P. H. U., orgánicamente, todo el proceso de la cultura hispanoamericana; todo el proceso de su evolución literaria. Desde el primer instante en que su descubrimiento deslumbra y genera mitos en la Europa del Renacimiento (Moro, Campanella, Montaigne, Shakespeare, Lope de Vega, acusan el hechizo) hasta aquel en que pronuncia con Andrés Bello su (prematura) declaración de independencia intelectual, o aquel otro en que logra con el fecundo movimiento modernista una auténtica expresión literaria.

Ya en 1926, en una célebre conferencia, había indicado P. H. U. las principales etapas de esa busca y conquista de la expresión propia. Allí había señalado las distintas fórmulas por las que el hombre hispanoamericano creyó lograr su originalidad: exaltación de la naturaleza (*La literatura descriptiva habrá de ser, pensamos durante largo tiempo, la voz del Nuevo Mundo*); del indígena (*¡Ir hacia el indio! Programa que nace y renace en cada generación, bajo muchedumbre de formas, en todas las artes*); del criollo (*El movimiento criollista ha existido en toda la América española con intermitencias, y ha aspirado a recoger las manifestaciones de la vida popular, urbana y campestre, con natural preferencia por el campo*); para concluir definiendo implícitamente su propia posición: *Existe otro americanismo, que evita al indígena, y evita el criollismo pintoresco, y evita el puente intermedio de la era colonial, lugar de cita para muchos antes y después de Ricardo Palma: su precepto único es ceñirse siempre al Nuevo Mundo en los temas, así en la poesía como en la novela y el drama, así en la crítica como en la historia.* (7)

Al ir madurando el tema, al ahondar hasta el menor aspecto el conocimiento de la literatura hispanoamericana, la tesis de P. H. U. se ha visto reforzada ampliamente. A los seis grandes escritores americanos que en 1926 señalaba como esenciales —Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío, Rodó—, ha podido ahora sumar un González Prada o un Hostos, un Varona o un José Hernández. Y ha podido indicar la línea personal americana de todo un movimiento o de una corriente, al caracterizar, por ejemplo, la fisonomía del romanticismo en América. Y ha podido escindir en dos las generaciones románticas, en dos las modernistas. (8) Ha logrado, en fin, la presentación de algunos escritores en términos sobrios y a la vez ajustados, que no omiten nada esencial, como sucede en el caso de Sarmiento, en el de Martí, en el del mismo Rodó.

Por eso hoy sigue pareciendo tan vivo el mensaje con que concluía su citada conferencia: *... no hay secreto de la expresión sino uno: trabajarla hondamente, esforzarse en hacerla pura, bajando hasta la raíz de las cosas que queremos decir; afinar, definir, con ansia de perfección. El ansia de perfección es la única norma. Contentándonos con usar el ajeno hallazgo, del extranjero o del compatriota,*

(7) V. *El descontento y la promesa*, en *Seis ensayos*, etc., págs. 11-35.

(8) En una nota aparecida en la revista *Realidad*, Enrique Anderson Imbert releva sagazmente un cambio de posición de P. H. U. frente al romanticismo americano. En 1926 (época de *Seis ensayos*) sólo acepta algunos valores: Sarmiento, *Martín Fierro*. En 1945 (con las *Literary Currents*) prefiere la primera generación modernista a los románticos. En 1943 (en carta personal a E. A. I.) establece una mejor valoración de la segunda generación romántica frente a los modernistas. (V. *Realidad*, Buenos Aires, noviembre-diciembre de 1948, Nº 12, págs. 354-56.)

nunca comunicaremos la revelación íntima; contentándonos con la tibia y confusa enunciación de nuestras intuiciones, las desvirtuaremos ante el oyente y le parecerán cosa vulgar. Pero cuando se ha alcanzado la expresión firme de una intuición artística, va en ella no sólo el sentido universal, sino la esencia del espíritu que la poseyó y el sabor de la tierra de que se ha nutrido. (9)

El examen de P. H. U. se detiene en la cuarta década de este siglo. (10) Pero quien arroje una mirada sobre el panorama actual de la literatura hispanoamericana no dejará de advertir cómo esa busca de la expresión propia continúa tenazmente; cómo esa busca alimenta, secreta o visiblemente, la obra de un Germán Arciniegas, de un Borges, de un Pablo Neruda, de un Martínez Estrada, de un Alfonso Reyes; toda la labor, en fin, de ese humanista impar que fué don Pedro Henríquez Ureña.

EMIR RODRÍGUEZ MONEGAL.

(9) V. Seis ensayos, pág. 41. (No debe olvidarse, por otra parte, que las conferencias que dieron origen a *Las corrientes literarias* fueron anunciadas bajo el título de *En busca de nuestra expresión*.)

(10) En la *Introducción*, P. H. U. declara que los nombres de poetas y escritores citados los escogí como ejemplos de esas corrientes, pero no son, en rigor, los únicos que podrían representarlas. Ello explicará muchas omisiones, especialmente en nuestro siglo (...). Debo advertir que ninguna omisión responde a un propósito crítico. Sin embargo, no es posible dejar de señalar que, en muchos casos —aun los de mera enumeración—, los nombres escogidos no parecen siempre ejemplares. Y son esas menciones (u omisiones) las que, inevitablemente, condicionarán en muchos casos el juicio personal sobre esta obra.

RESEÑAS

ARMANDO CUVILLIER.— *Las Corrientes Irracionalistas en la Filosofía Contemporánea*. Montevideo, 1949.

El Dr. Celedonio Nin y Silva ha sido víctima de una ilusión al juzgar conveniente traducir esta lamentable conferencia del profesor Cuvillier. El lector hojeará con asombro las páginas de este desordenado folleto y buscará en vano una crítica del existencialismo que es la corriente que más le ocupa. El autor quiere enfrentar el viejo racionalismo a los nuevos modos del pensamiento. Sorprenderá sin duda esta anacrónica defensa de la que creíamos una especie extinta de la filosofía. En contradicción y olvido con lo que proclama como método, comienza confundiendo ideas, ya que parte de la demasiado gruesa confusión entre irracionalismo y existencialismo, incluyendo en un mismo grupo a filosofías tan dispares. Se puede hacer un estudio de lo irracional en la filosofía contemporánea —cosa que este trabajo está muy lejos de realizar— pero no se puede definirla como irracionalista. Los cargos que tienen que afrontar, según Cuvillier, los pensadores más significativos de nuestra época —desde Bergson hasta Heidegger— son: 1º) Hacer una filosofía del sujeto, producto del complejo de introversión que padecen sus autores; 2º) Anti-intelectualismo, fundamentado en una concepción patética del conocimiento; 3º) Desinterés por la ciencia; 4º) Esteticismo; 5º) Individualismo; 6º) Complacencia en la confusión, que revela un tipo de mentalidad infantil; 7º) Vitalismo, apología del instinto.

Como se ve, estos reproches no son originales; Benda los ha repetido hasta el cansancio y, además, están hechos sin la documentación ni la energía que caracterizan al autor de "La Francia Bizantina" y lo hacen intermitentemente atendible. (Véase "Tradition de l'Existencialisme", Grasset, París, 1947.)

Para probar sus afirmaciones prescinde sistemáticamente de los textos de los filósofos incriminados y abusa, en cambio, de las citas ocasionales de supuestos o secundarios discípulos de aquellos. Empleando un método nada "racionalista", por cierto, sino propio del más puro pragmatismo, los juzga por controvertibles frutos. A Bergson por Péguy y Massis, y a Heidegger y Jaspers por Hitler. Esto se debe a que más que una preocupación filosófica asoma en estas páginas un resentimiento nacionalista contra Alemania que se hace extensivo a su filosofía. El lugar que debían ocupar los razonamien-

tos metafísicos, lo ocupan argumentos tomados de la psicología, citas de otros autores y supuestas ironías. (Que, por las dudas, destaca con el *risas* de la versión taquigráfica.)

Es imposible criticar punto por punto sus afirmaciones porque el discurso oscila de un tema a otro. (No prueba el pasaje de las teorías irracionalistas a la acción, se limita a enunciarlo.)

Sería inútil hacer una antología de textos para demostrar que lo contrario de lo sostenido en esta conferencia es lo cierto, pero hay que hacer algunas salvedades en honor a la verdad. Como tiene un conocimiento muy sumario del existencialismo, afirma, contra declaraciones expresas de los mismos filósofos, que éste es un movimiento contra la razón. No comprende que lo que se quiere es integrarla en la totalidad de la existencia humana.

Calumnias a Bergson, diciendo que se jactaba de haber cultivado la biología, cuando es notorio que nunca lo dijo, y de negar y oponer la ciencia a la filosofía, cuando ha dicho lo contrario.

Al historiar los orígenes del movimiento que él llama irracionalista y nombrar a Schelling no recuerda a Hegel, que es uno de sus orígenes más inmediatos, ni una sola vez.

Desaprovecha, por el contrario, la oportunidad de hacer una crítica exacta, al tratar los puntos débiles de las filosofías contra las que arremete. Así por ejemplo, al ocuparse de la posición del existencialismo frente a la ciencia —vicio de origen, ya que es conocido el menosprecio de Hegel para con ella— se pierde en vaguedades y contrapone citas de segunda o tercera mano. El existencialismo que ha sido atacado curiosamente por católicos y por marxistas, es criticado ahora por un racionalismo superficial, que no hace más que poner de manifiesto su incompreensión y su destiempo.

La literatura crítica en español sobre este urgente problema no se ha enriquecido, por cierto, ni se ha contribuido al esclarecimiento de la filosofía que quedará como la expresión de nuestra época.

Contribuyó a hacer más penosa la lectura de esta conferencia la multitud de errores elementales y de descuidos imperdonables de que está plagada la traducción.

MANUEL ARTURO CLAPS.

EDUARDO LOZANO.— *Argumento del hombre*. Ediciones "Botella al Mar". Bs. As., 1948.

Si un reproche puede hacerse a Eduardo Lozano o mejor a su poesía en general, es el de tener frecuentemente "confusa la pena".

Y no el de tener "confusa la historia", como en verdad ocurre, y como es lícitamente poético.

Lo de la historia confusa depende en la poesía de muchas cosas, circunstanciales, de tiempo literario, o de razones viscerales.

Lo de la pena clara o confusa, es lo que en última instancia define al poeta, es lo que determina la transparencia comunicable de la poesía ya sea por razones explicitables o por el clima con que tiende un puente hacia el lector.

Antonio Machado, que tan agudamente veía en las raíces de lo popular, donde residen acaso los valores más sustanciales de las artes —y digo popular en el buen sentido— enunciaba con aquello:

*... confusa la historia
y clara la pena...*

un postulado insustituible para una Arte Poética general de muchos tiempos.

Ahora bien: Lozano dice con su propia poesía y como definiéndose:

*...Porque apaciento tu imagen con azar...
...provincia hermética residiré.*

Y verdaderamente allí reside, en su provincia hermética, fabulosamente, y sorprendentemente rica de seres, cosas, circunstancias y palabras, y de tal modo que el poeta que tanto universo convoca, parece a veces como invadido, poseído y avasallado por tanto mundo, y caído bajo él, impotente ante las fuerzas que ha desencadenado.

Lozano mismo dice:

*...Compadéceme camarada, si dios que me imagina pierde su hilo
y caigo a inexistencia; si extravío
en galerías venas o sucesiones blancas
el corazón conmigo.*

Así parece pues, confesar ese olvido, ese extravío, aquella impotencia.

De tanto forcejeo con estas cosas embravecidas que encrespan su libro de hoja en hoja, y que a veces no puede concertar y dirigir, saca sin embargo el poeta que es Eduardo Lozano, frutos de auténtica poesía.

Así:

*Saldré cuando la niebla haya rondado
sus casillas abiertas
y buscaré en el huerto...*

.....
*Partir al alba amiga
 te arroparé la grupa con mis manos
 oh ciega, lince azul:
 camino es alba niño
 es alba que a tu puerta
 no tiene más que gota de la fuente
 ni cuenco más que paladar de tigre.
 Internémonos juntos en la ronda
 de las ruelas y aspas...*

Así también:

Servid la noche que fué para vosotros amantes

*Pero para vosotros elegidos,
 rubores de la primera edad, y es por vosotros
 por la inmovilidad de blancos cuerpos
 que giran llamas dentro, gimen los animales
 y se han engalanado los espacios.*

Y otras voces, de poemas completos o de partes de poemas que se hacen poemas. De cualquier modo Lozano tiene su mundo, y de su mundo su voz, pero que por ahora no acaba de comunicarse con otros mundos.

De sus filiaciones o sus fraternidades, creo ver en la poesía de Lozano, dos cauces: uno de la vieja poesía española, con vocablos, giros, modos arcaizantes, que sin embargo se ven regustados y vueltos a sentir; otro, americano, de torturado sentir, de profunda dislocación, y que vendría de Vallejo. Entendiéndose bien: no imitación ni influencia servil, sino paralelismo, fraternidad. De tanto, entonces, y con eso, Eduardo Lozano demuestra que tiene como decía Jiménez de otro poeta, mina explotada y por explotar, y más que nada, que es lo que más importa, una voz.

SARANDY CABRERA.

